

La Ilustración Artística

AÑO XXVII

← BARCELONA 20 DE JULIO DE 1908 →

NÚM. 1.386

LONDRES.—EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1908



LA OFRENDA DEL GUERRERO,

copia del notable cuadro de E. Blair Leighton

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La ramilleteira de Villeneuve*, cuento de Juan Kervall. — *El circuito de Dieppe*. — *Monumento á Cristóbal Colón en Buenos Aires*. — *Juegos y ejercicios físicos en los talleres norteamericanos*. — *El buque de guerra español «Nautilus» en la Habana*, por Adrián del Valle. — *Nicolás Rimsky Korsakoff*. — *Budapest. Monumento á Vörösmarty*. — *Barcelona. Inauguración de la Escuela de Zoología Marítima*. — *Problema de ajedrez*. — *El heredero*, novela ilustrada (continuación). — *Cuadros de Walter Tyndale*. — *París. Concurso de nadadores en el Sena*. — *Homenaje al capitán Moreno*.

Grabados. — *La ofrenda del guerrero*, cuadro de E. Blair Leighton. — Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *La ramilleteira de Villeneuve*. — *El circuito de Dieppe. Lautenslager y Cissac*. — *El baño*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *Monumento á Cristóbal Colón en Buenos Aires*, proyecto de Arnaldo Zocchi. — *El «Nautilus» en la Habana*. — *La reconstrucción de San Francisco de Asís*, cuadro de Fernández y González. — *El grito. Busto retrato de H. J. Dyer. Trompetero*, obras de Rosa Silberer, Mervyn Lawrence y G. Groot. — *Monumento á Vörösmarty en Budapest*. — *Nicolás Rimsky Korsakoff*. — *Barcelona. Escuela de Zoología Marítima*. — *En la mezquita de Omar*. — *El guardia del harén*, cuadros de Walter Tyndale. — *París. Concurso de natación en el Sena*. — *Sable del capitán Moreno y el acto de su entrega al regimiento de Melilla*. — *Londres. La reina de Inglaterra en el ferrocarril escénico de la Exposición franco-británica*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Escribir crónicas para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, donde tan largo tiempo colaboró Castelar; escribir las quien debió al excelso orador amistad grande y verdadera; habérselo inaugurado el monumento á su memoria y en su honor, y no decir palabra de este acontecimiento, sería omisión que, aun perdonada por todos, no me la perdonaría yo á mí misma.

Paréceme cuestión quizás ociosa discernir, con tal motivo, el puesto que á Castelar habrá de conceder la posteridad, en su triple aspecto de hombre político, escritor y orador. Es una discusión que he oído suscitarse mil veces, y nunca los argumentos empleados por una y otra parte consiguieron fijar definitivamente la difícil tasación de los méritos, servicios y cualidades del que, sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles, la opinión europea y la hispano-americana saludaron como á uno de los más preclaros representantes, no ya sólo del genio ibérico, sino del genio latino, en un período de nuestra historia contemporánea.

Sin asomos de duda, de los tres aspectos del talento y la actividad de Castelar, el que en tiempos venideros se elogiará explícitamente, será el oratorio. No porque el estilo de su oratoria no se preste á diversas apreciaciones, y aun á censuras, sino porque su fuerza y eficacia y su elocuencia caudalosa no podrán nunca negarse, y aun cuando se quiera ver en él á un Góngora de la tribuna, habrá que reconocerle, como á Góngora, que es único en su género, inimitable, y con frecuencia sublime.

En esos tiempos venideros (no todavía en los presentes, en que continúan agitándose las pasiones y las mezquindades, los intereses más ó menos lastimados y el recuerdo de acerbos y feroces campañas de prensa), sedimentada ya la opinión y convertida en sereno juicio crítico, no se verá en la oratoria parlamentaria de Castelar algo que ha pasado de moda, porque de moda habrán pasado también las oratorias que se han sucedido, y con unas y con otras se ejercitará igual procedimiento, situándolas en su medio, en su momento, en su ambiente, y juzgándolas por tales datos, únicos que las pueden caracterizar y definir. Cuando se critique de este modo á Castelar, se verá su desmedida altura y el papel extraordinario que representó su elocuencia, á pesar de cuantos reparos quepa ponerle, y á pesar del cambio completo en la psicología de las muchedumbres, antes electrizables por un discurso, y cada día más refractarias ó más escépticas ante esta clase de sugestión.

* *

Castelar era pequeño de estatura, y cuando le conocí ya estaba grueso: su enorme bigote contrastaba con las proporciones de su figura, de brazos cortos y piernas nada escultóricas; su voz tenía un timbre antes agudo que sonoro; la forma de su cuello restaba nobleza á la testa, enterrada entre los hombros, difícil de movimientos. Por qué misteriosa virtud del arte y de la inspiración, así que Castelar tomaba la palabra, tantos defectos desaparecían ó se olvidaban, es cosa que no sé. La naturaleza, en parte avara, en otra parte había sido con él pródiga como loca madrina, que no cuenta sus dones. Ni el empaquetado de Ayala, ni la dulce, clara y varonil voz de Cánovas del Castillo, ni ninguna de las excelencias que otros grandes oradores poseyeron, se echaba de menos al desatarse el soberano río de la palabra cas-

telarina, al resonar su acento transformado por la voluntad y el entusiasmo, al callar subyugado el auditorio, pendiente de unos labios donde parecían haber dejado su miel las abejas del Lacio, y no diré las del Atica, porque el arte de Castelar pertenece á la llamada *decadencia*, período que tiene sus apasionados, y en el cual el genio latino, ya infiltrado de influencia griega, sufre las del Asia, y más tarde las africanas. De las grandes escuelas retóricas, tenía Castelar los recursos, la técnica; y del tiempo en que le tocó vivir, tenía el sello pasional del romanticismo, por lo que se le ha comparado mucho á Lamartine, y en efecto, entre él y el autor de *Graziella*, no faltan afinidades, considerándoles á los dos como tribunos y cotejando sus estilos oratorios. Otra afinidad y otra disconformidad, tristes para los que profesábamos á Castelar sincero afecto, existió entre Alfonso de Lamartine y él. Los dos pasaron los últimos años de sus gloriosas vidas entre ahogos económicos y trabajando afanosamente con la pluma para equilibrar su recargado presupuesto; sólo que la nación francesa, acertadamente, pagó las deudas de Lamartine, y aquí no sé si se pensó en pagar las de Castelar, pero sé que no se hizo, y que en sus postreras horas, el insigne español se veía amenazado de un embargo judicial. Debo añadir, porque es la verdad y una verdad para Castelar honrosa, que cuando se le dirigía alguna indicación referente á promover en América y España suscripción ó cosa semejante, que le proporcionase medios para pasar la vejez en descanso bien merecido, sus protestas y hasta su enojo frustraban los propósitos de amigos y admiradores. «Seré—decía—hasta mi postrer instante, jornalero de la pluma. El día de mi muerte escribiré un artículo, firmaré una cuartilla.» Los sucesos demostraron sobradamente que llevaba razón al vaticinar así.

Este hombre, que firmó una cuartilla para vivir apurado en el mismo día de su muerte, y á quien hoy se alza un monumento; que no pudo interrumpir ni para prepararse á la agonía la labor á que le tenía sujeto y uncido la necesidad, había sido, conviene recordarlo, ¡todo se olvida tan pronto!, presidente de la República, es decir, jefe del Estado; y en período de azarosa agitación, en que no es imposible á los hábiles echar los cimientos de grandes fortunas. Castelar desdeñaba el dinero, con cierto espléndido desdén de príncipe italiano del siglo xv, incapaz de comprender prosas utilitarias. Por dinero trabajaba asiduamente, se me dirá. Verdad; pero una cosa es ser capaz de trabajar por dinero—de trabajar desvelándose, hasta matándose—y otra ser capaz, por el mismo dinero, de envilecerse. Hasta afirmaré yo que existe contradicción entre ambos supuestos, y que rara vez uno de estos nobles obreros de la pluma, que desmigajan su cerebro para convertirlo en plata, se enfangará en negocio sucio, en transacción miserable, con objeto de redimirse de la tarea. Castelar, á fuer de verdadero trabajador, estaba encariñado con su faena, por medio de la cual llevaba hasta los últimos confines del mundo su nombre y su pensamiento; y resignado, después de renunciar á los triunfos parlamentarios, á los halagos del poder; conforme con la suerte en su tercer piso de la calle de Serrano, sin verdadera ambición ni verdadera codicia, tiraba de la péñola invariablemente, lo mismo que si estuviese en los principios de una carrera, en la juventud de una existencia; lo mismo que si no hubiese ocupado el más alto lugar, no ya intelectualmente, sino oficialmente, en la jerarquía de la nación española.

* *

Empapado en la filosofía práctica y poética á la vez de su raza; enemigo natural de las ideas anglosajonas, de método y orden; convencido de la brevedad é inestabilidad de la vida, Castelar no se preocupó nunca, de fijo, por el porvenir. Sin familia—muerta ya su hermana, aquella Concha en quien adoró,—el mañana no le parecía digno de sacrificios y privaciones. Cuando podía, gastaba como un gran señor; sus propinas dejaron memoria en los balnearios y casas donde pasó temporada ó fué hospedado. Alguna vez le enviábamos nosotros en Madrid tal cual golosina gallega, una lamprea, unos mariscos; al cabo renunciábamos á hacerlo, porque tal era su generosidad al gratificar, que realmente pagaba más del valor de estas fruslerías.

En regalos era también pródigo, y en su mesa, huelga decir que era magnífico. No volverá á verse nunca reunida tal exposición de productos nacionales y extranjeros, pues hasta de Francia le remitían terrinas de Estrasburgo y marcas de Burdeos y Champagne. Sin embargo, dominaba lo español; Castelar recibía de toda la Península especialidades en aves, jamones, frutas, confituras y vinos, y comer

con él equivalía á estudiar la riqueza de nuestro suelo, la feracidad de nuestras vegas, y hasta la serie de nuestra historia, representada por los platos moriscos y árabes que alternaban allí con guisos propiamente castellanos, prolongando la lucha épica de la Reconquista. Uno de los espectáculos curiosos que ofrecía la mesa de Castelar, era el asombro de los ilustres extranjeros invitados á ella, ante aquel desfile de singularísimos platos, que cada uno requería detallada explicación. Y Castelar, con inocente orgullo, señalando hacia lo que le rodeaba, la mesa, digna de Lúculo, y el mobiliario del comedor, regio, decía sonriente: «*Nihil emptu... Nada comprado.*»

Ponía su satisfacción, su goce, en que desde todas partes le enviasen presentes: la popularidad, el cariño, el prestigio del hombre ilustre, se revelaban en la afluencia de regalos y en el delicado esmero con que los elegían los donantes. Cánovas, en el apogeo de un ilimitado poderío, no recibió nunca en Navidades el formidable alud de presentes y obsequios que obligaba á Castelar al desembolso de mil y pico de pesetas, sólo para abonar los derechos de entrada en Madrid de lo que le remesaban sus amigos de provincias. Pagaba el orador el rescate de su gloria, y se reía, bien humorado, al recomantar los cestones de botellas, las seras de dulcísimas frutas, los embutidos, las cajas de jaleas y conservas elaboradas en los rincones de España, donde es placer trabajar en el fogón, porque hay tiempo. Entre los regalos á Castelar en Nochebuena, jamás faltaba un cajón de mazapanes y mermeladas, envío de unas monjitas. ¿Qué servicio eminente, qué rasgo de bondad protectora recompensaban los bocadillos y pastas de las Madres? Nunca lo he sabido. Castelar se limitaba á decir: «Son muy amigas mías esas monjas.»

* *

A manera de un Vulcano que de un lingote de oro saca mil monedillas y juguetes, Castelar, en sus años últimos—me refiero á ellos siempre, porque es cuando frecuenté su agradabilísimo trato—pulverizaba su oratoria en la conversación, y se ganaba fama de *causeur*, pero en realidad, orador seguía siendo: hablaba mucho, y casi sin aguardar respuesta; de lo cual yo no me quejaba, ni nadie debió quejarse, porque al escucharle salíamos ganando. Engarzaba anécdotas, recuerdos, páginas de historia, biografías concisas de personajes, mordacidades á lo Juvenal, descripciones de países y lugares, de ciudades y monumentos; reflexiones políticas, apologías de principios que le eran queridos, censuras de otros que no concordaban con sus ideales, vaticinios que vi cumplirse muchas veces, y elogios calurosos y desinteresados á personas que no siempre se contaban entre sus adictos. Llevaba al día la crónica política, pues aunque aparentemente retraído, puedo asegurar que nada se arreglaba sin su conocimiento y previa consulta. A todas horas estaba llena su casa de primates, los señalados de cada partido, y más que en el Congreso, dijérase que se elaboraba allí la marcha de los negocios de Estado. Cuando amagaba crisis, aumentaban el revuelo, el visiteo, el palabreo, los ires y venires, las voces altas ó cuchicheantes, y no se cabía en la sala que me parece estar viendo, con sus muebles de cuero cordobés, sus cuadros antiguos, su busto florentino, dorado y estofado, coronando la chimenea. No afirmaré que siempre se siguiese el dictamen de Castelar, y le he visto en más de una ocasión colérico y preocupado, por lo que juzgaba yerros imperdonables de los gobernantes, ó por lo que creía que redundaba en destrucción de su obra democrática, de la cual no digo palabra, porque no es lugar ni sazón. Añadiré que, coronando la dinastía y las instituciones iban consolidándose, el influjo de Castelar disminuía, y sus postreros actos políticos demuestran que se le impuso fatalmente la necesidad de dejar el retraimiento...

El recuerdo más vivo que me ha quedado de Castelar, es el del cambio que sufrió ante el desastre de nuestras armas y pérdida de nuestras colonias; el de ver su cara de pronto consumida y color de plomo, sus ojos llenos de lágrimas que se escapaban y corrían por sus mejillas demacradas de repente. Si no mereciese el homenaje que hoy se le tributa por tantos conceptos, lo merecería por la sinceridad, por el ardor de su corazón de patriota. Las ilusiones de toda su vida se venían al suelo; la puñalada era certera; el orador áureo no sobreviviría mucho á la *leyenda de oro*. Si no se envolvió entonces en la toga para morir, fué lo mismo: estaba sentenciado. No lo olvidemos, cuando pasemos delante del monumento á Castelar.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA RAMILLETERA DE VILLENEUVE. Cuento de Juan Kervall, ilustrado por Sardá



Los dos muchachos reanudaron sus cotidianos paseos

Llámase Marianita y de fijo la conocen los turistas, los poetas y hasta las personas dichosas que han escogido las cimas gigantescas de los Alpes como testigos de su felicidad, si han visitado Villeneuve, ese lindo pueblecito que se asienta sobre la orilla del lago Lemán, en el extremo opuesto al que ocupa Ginebra.

En aquel rincón de tierra, el turista es verdaderamente turista; su corazón de poeta, su alma de soñador encuentran á cada paso un alimento á la misteriosa melancolía que en aquellas íntimas soledades se apodera de todo su ser. Las cumbres alpinas álzase sobre su cabeza hasta perderse de vista; algunos *chalets*, pintados con los colores nacionales, alegran la naturaleza pintoresca y las azuladas aguas del lago se mecen á sus pies, y ante aquel cuadro, el turista mira, contempla, enmudece, y cree no sentir nada, de tal manera hállase absorto en presencia de aquella profusión de bellezas grandiosas.

Ni siquiera el áspero retintín de los cerros de las vacas le distrae; únicamente la voz de Marianita, que se acerca, le recuerda que hay un mundo que se mueve, aquella voz juvenil que le dice:

—Cómprame usted un ramo, señorito.

—¿A cómo las flores?

—Las ciclamos á quince céntimos y á diez el espliego.

Marianita, con su falda de algodón rayado y su delantal de peto blanco, sobre el cual se balancea la cestita llena de olorosas flores, es tan linda, que nadie puede negarse á sus requerimientos; y así los quince céntimos no tardan en pasar al bolsillo de la muchacha.

A la llegada de los trenes, Marianita está en el andén, y cuando se acercan el *Monte Blanco* ó el *Helvétia*, la veréis en el desembarcadero, siempre vivaz, siempre afable, siempre aseadita; su cesta se vacía y por la noche no le queda ya ningún ramillete.

Su madre había querido enviarla á vender flores á *Evian-les-Bains*; pero la chica le entregaba todos los días una cantidad tan respetable, que la buena mujer no había insistido en su idea. Y esto era lo que Ma-

rianita deseaba, porque había prometido á Toñico no abandonarle nunca.

Toñico era el menor de nueve hermanos; y como sus padres opinaban que aun sin él había bastantes hijos, habíase criado á la buena de Dios, alimentado y amado únicamente por *Bella*; y así vivían ésta y él juntos, comiendo á menudo en el mismo plato de barro.

Bella era una cabra de leche que no tenía igual en el cantón de Vaud, según el muchacho afirmaba.

Marianita y Toñico se encontraron un día; se hablaron, agradáronse y una mañana díjole la ramillettera al cabrero:

—Deberías venirte conmigo á Villeneuve, y cuando yo vendería mis flores tú ofrecerías á los viajeros la leche de *Bella*.

—¡Oh, no!, respondió Toñico. No me atrevo.

—¡Anda, ven! Nada se pierde con probar. Iremos juntos por la mañana y juntos regresaremos por la tarde.

Y dicho y hecho.

Tres días después, Toñico llegaba á su casa con poco menos de dos pesetas, producto de la leche de *Bella*, y por vez primera conmovióse su corazón bajo la acción dulce de una caricia... Su frente serena no había sentido hasta entonces la impresión de un beso efusivo.

—¿No sabes?, díjole á Marianita al día siguiente. Desde que les llevo dinero me quieren más; ya no me pegan, y esto te lo debo á ti. ¿Me querrás tú también?

—Sí, Toñico, te quiero y no de ahora, sino desde el día en que nos conocimos. ¿Y tú á mí?

—¡Oh, yo, Marianita! Yo te quiero más que de aquí á Chillón..., más que de aquí á Montreux..., más que todo el lago y quisiera estar siempre contigo.

Dos olas azuladas que murieron á sus pies registraron en el pliegue de sus ondas acariciadoras aquella declaración de los dos niños.

Toñico iba á proseguir su diálogo con Marianita, pero ésta echó á correr hacia el muelle en donde atracaba el *Monte Blanco*. En pocos segundos reco-

gió la muchacha sesenta céntimos, mientras él ordenaba la leche de su *Bella*.

Sentados sobre el césped de la umbrosa avenida que se extiende al borde del lago, los dos niños contaban y recontaban sus ganancias; sentían una alegría intensa, y en sus ojos, en su boca, en su corazón retozaba la risa. Mil ensueños, que eran otras tantas rosas sin espinas, acariciaban sus imaginaciones juveniles. Veíanse lo bastante ricos para comprarse una barca y dedicarse á la pesca, cuyo producto expedirían á Lausanne y á Ginebra, mientras esperaban que la señora fortuna les permitiese hacerse construir un *chalet* tan bonito como el de aquel ricacho que vivía en los Alpes saboyanos.

Esos risueños proyectos les unían más y más, y sus pensamientos, al comunicarse del uno al otro, fundían en uno solo sus corazones.

Cada mañana Toñico levantábase con la aurora á fin de recoger el musgo largo y sedoso para los ramilletes de Marianita, y Marianita lo aceptaba hasta el momento en que discretamente deslizaba una moneda en la bolsa de cuero del muchacho cuando ambos contaban las ganancias del día.

Sopló el viento de las cañadas; alombraron las hojas el suelo; los bosques negaron á la ramillettera las flores que todas las mañanas recogía, los Alpes quedaron desiertos y el sendero se cubrió de escarcha.

—¡Hasta el año que viene!, hubieron de decirse Marianita y Toñico.

Durante el invierno, cuando la nieve caía en espesos copos y azotaba los cristales, cuando soplabá el viento y los hermanos mayores de Toñico se refugiaban en la cabaña temiendo la caída de un alud, él, el pobrecillo, acariciaba á *Bella*, peinaba su pelo sedoso y luego, tras mil vacilaciones, le preguntaba:

—¿Te acuerdas de ella?

Al fin volvió el sol; la pradera se esmaltó de flores doradas y Toñico encontró otra vez á la amiga del año anterior; pero sintió que, al darle la mano, su corazón palpitaba con gran violencia, mientras Marianita, que creyó sonrojarse, cogía en la hierba fresca una flor que no estaba allí...

Los dos muchachos reanudaron sus cotidianos paseos, y una mañana ella le dió un puñado de ciclomas y él le regaló una florecilla blanca, algodonosa, una de esas flores de los ventisqueros que inspiran á los turistas, propensos al vértigo, un mundo de deseos irrealizables. Toñico, á fuer de hijo de Suiza, de cabeza firme y pie seguro, habíala entrevisto un día de primavera, la había codiciado, y agarrándose á las rocas escalonadas, había conseguido arrebatársela á las nieves alpestres.

Ofrecióla á Marianita y aceptó lo que ella le dió á cambio. Los dos se amaban.

Su amor se hizo tímido; pasábanse horas enteras en silencio, siempre con deseos de hablarse, pero sin saber por dónde empezar.

El muchacho fué creciendo y llegó á ser hombre, y un día se atrevió á decir:

—Marianita... si me amas..., como en otro tiempo..., ¿quieres... que nos casemos?

La ramillettera contestó sencillamente:

—Toñico, tú eres protestante y yo soy católica; ¿es posible que caminen juntos por la senda de la vida los que crean que no han de poder subir juntos á la mansión eterna?

Toñico no respondió; su corazón parecía querer saltarle del pecho; la naturaleza parecióle teñida de púrpura, y los árboles y las montañas danzaron ante sus ojos una rítmica pantomima. ¡No se le había ocurrido aquella dificultad!

Marianita esperó, llena de valor y de fortaleza; esperó hasta el anochecer, confiando en que sería decisivo el momento en que ambos se separarían para tomar los senderos que les conducirían á cada cual á su cabaña.

Declinó el día.

—Adiós, Toñico, dijo Marianita sin atreverse á añadir «¡hasta mañana!»

El cabrero, entonces, cogiendo entre sus manos leales la de la ramillettera, preguntó:

—Dime, Marianita; para elevarme hasta ti, ¿quién podría enseñarme?

—Primeramente yo, si tú quisieras.

—Lo quiero, Marianita. Mañana me darás la primera lección... Seré católico y tú serás mi esposa.

El día 6 de agosto, las calles de Vevey aparecían engalanadas con guirnaldas de follaje y de flores. Aquel pueblecillo, bueno y enamorado de su vida por él poetizada, ofrecía un espectáculo mágico á la multitud que acudiera para asistir á las diversiones: los trajes de los veintidós cantones habíanse dado cita para aquella «Fiesta de los Viñadores», que sólo se reproduce cada treinta y tres años. A pesar de los preparativos, de los estudios y de los ensayos, todo es en esa fiesta natural, lo que constituye el mayor encanto de la representación. Las graciosas danzas campestres, la deliciosa pantomima de las segadoras, el desfile, los *iodlers* de Appenzel, el *ranz* de las vacas, todo era nacional, puramente nacional. Los suizos, los ve-

yenses, estaban bien persuadidos de ello, ¡y cuán orgullosos se sentían!

El *clou* de la fiesta fué sin duda la *boda lugareña*, en la que cada pareja personificaba un cantón. De todos los que formaban el grupo llamaban la atención un viñador y una viñadora: ésta, llena de vida,



El circuito de Dieppe.—Lautenschläger y su mecánico, ganador del gran premio del Automóvil Club de Francia. (De fotografía de M. Branger.)

lindamente ataviada con su corpiño de terciopelo negro y su falda rosa y blanca, apoyábase, radiante de felicidad, en el brazo de su compañero. Ella es Marianita; él, Toñico.

Junto á ellos, sin dejarlos un momento, dos *niños de la primavera*, encantadores con sus antiguos trajes, acariciaban de cuando á la ramillettera y al cabrero de Villeneuve.

¡Todo tiene un término en este mundo! Por la noche, cuando las estrellas se adormecen, Marianita y Toñico están en el *chalet*; él, el honrado viñador, se clava con un alfiler en la chaqueta la nueva medalla que le ha otorgado la *cofradía* por el cultivo de sus viñas; ella, la madre feliz, duerme á los peque-

puñado de ciclomas, una rama de florecillas alpestres y el rosario en que Toñico murmuró su primera plegaria á la Virgen.

—¡Marianita!, exclama el dichoso marido. Nuestros amores cuentan diez años... ¿Te acuerdas?

—¡Oh, sí, Toñico mío! Ese recuerdo canta en mi corazón como si fuese de ayer.

—Y de nuestros ensueños de entonces, ¿te acuerdas?

—Nada he olvidado... Tenemos el *chalet*, tan lindo, tan lealmente adquirido... Tenemos la riqueza, que son nuestros hijos; tengo tu amor; ¿qué nos falta, pues?

—Nada, mi buena Marianita.

Y luego, cogiendo la mano de la joven, exclamó:

—¡Quiera el cielo que en el aniversario de nuestra fiesta popular los hijos de nuestros hijos se unan á nosotros para cantar nuestros viejos amores, como celebramos hoy los amores de nuestra primavera...! Cuando la nieve corone nuestras cabezas, cree, mujercita mía, que encontraremos en nuestros corazones dulces recuerdos para

perfumar el final del camino que conduce á las ci-
mas eternas.

Marianita se sonrió y ambos se callaron...

EL CIRCUITO DE DIEPPE

El día 7 de los corrientes efectuóse la carrera automovilista conocida con la denominación de circuito de Dieppe, en la que se disputaba el gran premio del «Automóvil Club» de Francia. El recorrido era de 790 kilómetros, es decir, diez veces el circuito, y en la carrera tomaron parte veintidós máquinas francesas, nueve alemanas, seis italianas, seis inglesas, tres belgas y una norteamericana.

La victoria fué para un automóvil alemán, marca Mercedes, que montaba Lautenschläger y que recorrió los 790 kilómetros en seis horas y cincuenta y cinco minutos, lo que representa una velocidad media de ciento once kilómetros y medio por hora, algo inferior á la de ciento trece y medio que el año pasado alcanzó Nazzaro, vencedor en la misma prueba.

Esta diferencia, insignificante en sí misma, tiene, sin embargo, cierta importancia, porque en todos los centros automovilistas se suponía que en el año presente se alcanzarían velocidades superiores á la del anterior.

Los otros vehículos ganadores fueron dos belgas y uno francés.

En esta carrera hubo que lamentar la muerte del conductor Cissac y de su mecánico Schraube;

el automóvil en que iban, al descender una pendiente, se desvió y saltando por encima del camino fué á caer en una zanja, cogiendo debajo y aplastando á aquellos dos desdichados.

Una multitud inmensa acudió á presenciar esa carrera, que tanto interés despertó no sólo en Francia, sino en todo el mundo automovilista.—S.



El circuito de Dieppe.—Cissac, que murió á consecuencia de un accidente desgraciado ocurrido durante la carrera. (De fotografía de M. Branger.)

ñuelos después de haberse quitado el elegante traje cosido durante muchas velas. Todos tienen la risa en los labios y la alegría en el corazón; por esto Toñico, á quien la felicidad vuelve poeta, entreabre una modesta caja, el relicario del *chalet*, y se acerca á su esposa.

Marianita mira y por centésima vez contempla un



EL BAÑO, cuadro de José M.^a Tamburini

MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN

EN BUENOS AIRES

Un comité, oportunamente nombrado, anunció un concurso internacional para un monumento en honor del descubridor del Nuevo Mundo: el veredicto del jurado fué favorable al proyecto presentado por el escultor Arnaldo Zocchi, de Roma.

Es, pues, el tercer monumento de importancia que la latinidad levanta á su hijo ilustre: Génova, su tierra natal; Barcelona, en representación de su segunda patria; Buenos Aires, la metrópoli de una parte de la tierra descubierta por el gran navegador.

Este monumento, que adjunto reproducimos, se compone de un pilar ornado sobre el cual se levanta la figura de Colón: en la parte delantera de la base, unos brazos poderosos lanzan al mar la proa de un buque; es la nave que trae la civilización guiada por la Ciencia y el Genio que, después de haber roto las cadenas que tenían subyugado al Océano, señala la tierra lejana.

En la parte posterior de la base figuran los navegantes que desembarcaron los primeros, en el acto de besar al nuevo continente y de plantar la Cruz, símbolo de la fe que los guió.

Esta agrupación circunda sin interrupción el pedestal, que corona la estatua del inmortal navegante en actitud de escrutar el Océano.

El monumento, que es de proporciones colosales y ha de ser en granito y bronce, se levantará en la Avenida de la Estación Central de Buenos Aires; ha sido costado por la colonia italiana de aquella ciudad, que lo regala á la República Argentina.

Para la ejecución del monumento se han reunido 500.000 pesetas.

Arnaldo Zocchi es autor de monumentos tan notables como el de Dante, en Trento; el de Alejandro II, en Sofía; y el de Garibaldi, en Bolonia.

A. ROMIEUX.

JUEGOS Y EJERCICIOS FÍSICOS

EN LOS TALLERES NORTEAMERICANOS

En pocos países atienden los industriales tan bien como en los Estados Unidos el precepto de *mens sana in corpore sano* aplicado á los trabajadores empleados en sus fábricas, talleres ó despachos, comprendiendo que está en su propio interés tener obreros debidamente alimentados, que respiren aire puro y gocen de un proporcionado descanso al par que de todas las comodidades y distracciones compatibles con su trabajo.

La compañía *National Cash Register*, que fabrica las cajas registradoras actualmente en uso en muchísimas tiendas, tiene sus fábricas dispuestas de modo que todas las cuerdas reciben luz en abundancia y están provistas de caloríferos y ventiladores. Los obreros, varones y hembras, en número de 3.800, tienen á su disposición una enfermería, roperos individuales, asientos cómodos con respaldos, lavabos con agua fría y caliente, salas de baños y de duchas. Además, á una hora fija recorre los talleres una biblioteca ambulante para que los trabajadores escojan los libros que quieran, y que devuelven, una vez leídos. Por último, dos veces al día se suspende la labor por diez minutos, que se dedican á ejercicios físicos.

La empresa *The Brooklyn Rapid Transit* sostiene para su personal varios clubs, en los cuales hay, no solamente salas de lectura y de conversación, sino también una serie de juegos variados, salones en donde pueden practicarse ejercicios que tan beneficiosamente influyen sobre el organismo humano.

En el club central, que ha costado á la compañía 200.000 francos, hay un teatro, salas de baños, vestuario, un gimnasio perfectamente organizado, juego de bolos, un salón con varios billares, todo á la disposición

gratuita de los varios agentes de la sociedad. Análogas salas de recreo, aunque montadas en más modesta escala, hay establecidas en otros diez puntos de la ciudad, en los depósitos ó en las estaciones terminales de la compañía.

Esta misma preocupación de mantener á sus empleados y obreros en buenas condiciones físicas y de

en la manera de poner las comunicaciones, de tratar á los abonados, etc., circunstancia tanto más digna de tenerse en cuenta en los Estados Unidos, cuanto que las compañías, como no disfrutaban de un monopolio, están interesadas en tener contentas á sus clientelas respectivas.

El cargo de telefonista requiere no sólo decisión, atención y actividad, sino además cortesía, calma y una ausencia lo más absoluta posible de irritabilidad; cualidades que, en el fondo, no se avienen muy bien con una ocupación sedentaria y al mismo tiempo agitada cual la del servicio telefónico. Para llegar á satisfacer esos *desiderata*, las compañías de teléfonos de los Estados Unidos no se limitan á escoger empleadas robustas y bien constituidas, sino que les proporcionan la mayor suma de comodidades, poniendo á su disposición libros, juegos y en muchos casos jardines, campos de *tennis*, de pelota, etc.

La Compañía de Cincinnati, en particular, se ha preocupado ante todo de crear para ellas recreos y ejercicios atléticos, en los que el cuerpo pueda encontrar una compensación amplia á la forzada inmovilidad en que durante tantas horas han de permanecer dedicadas á un penoso trabajo.

Las telefonistas hállanse muy satisfechas con esos ejercicios puestos á su disposición, que contribuyen grandemente á conservar su salud y de los que de rechazo salen gananciosos los abonados, ya que el perfecto estado físico de las empleadas influye en su estado moral y como consecuencia lógica, en la manera de atender á los servicios que les están confiados.—P.

EL BUQUE DE GUERRA ESPAÑOL «NAUTILUS»

EN LA HABANA

Una mañana estival, luminosa y cálida, entró en el puerto de la Habana la gallarda y débil nave hispana, enarbolando en el tope del primer palo la bandera tricolor de la estrella solitaria y ondeando á popa la enseña gualda y roja.

Y al embocar el canal y pasar entre el Morro y la Punta, escoltada por doble fila de vaporcitos, veinte mil almas saludaron al velero de guerra que traía la visión lejana de la nación conquistadora y colonizadora.

Aquellas veinte mil almas clamorosas eran indistintamente de cubanos y españoles, unidos para la realización de un acto hermoso, aunque motivado por distintos sentimientos. Los españoles demostraban su amor por la patria lejana; los cubanos daban pruebas de que no son vanas palabras la unión y la concordia.

Pero había algo más en el entusiasta recibimiento dispensado á los marinos españoles: el sentimiento de raza palpitaba en aquellas demostraciones de amor, de afecto y de simpatía.

El cubano que no es anexionista—y los cubanos anexionistas pueden contarse con los dedos de la mano—sabe que sólo en la vitalidad de ese sentimiento racista está la salvación del alma cubana.

Cuba, por culpa de algunos de sus hijos, más atentos á satisfacer sus ambiciones burocráticas y mandarinescas que á laborar por la paz y bienestar del país, está sufriendo hoy una segunda intervención americana, con la natural influen-

cia del espíritu yanqui en muchos órdenes de la vida. Los Estados Unidos, procediendo con una nobleza digna de encomio, se disponen á entregar de nuevo la isla á los cubanos, pero declarando abiertamente que una tercera intervención sería definitiva. Y otra intervención, que pueden hacer posible las ambiciones de los políticos, ó que pueden provocar elementos mal avenidos con la independencia, significaría la absorción paulatina de cuantas características constituyen hoy la personalidad cubana.



Monumento á Cristóbal Colón que ha de erigirse en Buenos Aires, proyecto de Arnaldo Zocchi, premiado en concurso internacional

conservar y aun desarrollar su sistema muscular, se observa en una industria en la que no parece que los músculos desempeñen un papel muy importante; nos referimos á los teléfonos.

La «Compañía Bell de Teléfonos de Cincinnati,» por ejemplo, ha comprendido que en la industria telefónica es quizás más necesaria que en cualquier otra una salud robusta, puesto que las predisposiciones enfermizas ejercen una influencia perniciosa que se revela en el carácter de la telefonista y por ende

Ese peligro, que presente el genio de la raza, alma colectiva de un pueblo, es seguramente el que mueve á tantos corazones cubanos, haciéndoles palpitar de amor á España con tanta intensidad como antes la aborrecían.

zones—recordé que, diez años hacía, por aquella misma boca del Morro había salido sin aclamaciones, triste y sombría, otra nave de guerra también española.
¡Cuántos cambios, cuántas mudanzas en diez años!



Habana.—Aspecto del malecón antes de la llegada del buque de guerra español «Nautilus»
(De fotografía de Pijuán hermanos.)



Arco de triunfo levantado por el Ayuntamiento de la Habana delante de la Capitanía en honor de los marinos españoles de la *Nautilus*. (De fotografía de Pacías.)

sucediéndose sin interrupción los festejos en honor de los marinos españoles. Levantáronse arcos y adornáronse algunas calles; el Ayuntamiento les obsequió con un *Garden party*; la colonia española, los veteranos de la Independencia y los marinos cubanos les ofrecieron espléndidos banquetes; la legación de los Estados Unidos celebró una gran recepción; en el Teatro Nacional se efectuó un gran baile de etiqueta, y en todas partes fueron objeto los marinos de

Y es que antes veían en ella á la nación dominadora, y hoy sólo ven en ella la nación progenitora; y el español ya no es el dominador, sino el amigo, el padre, el hermano.

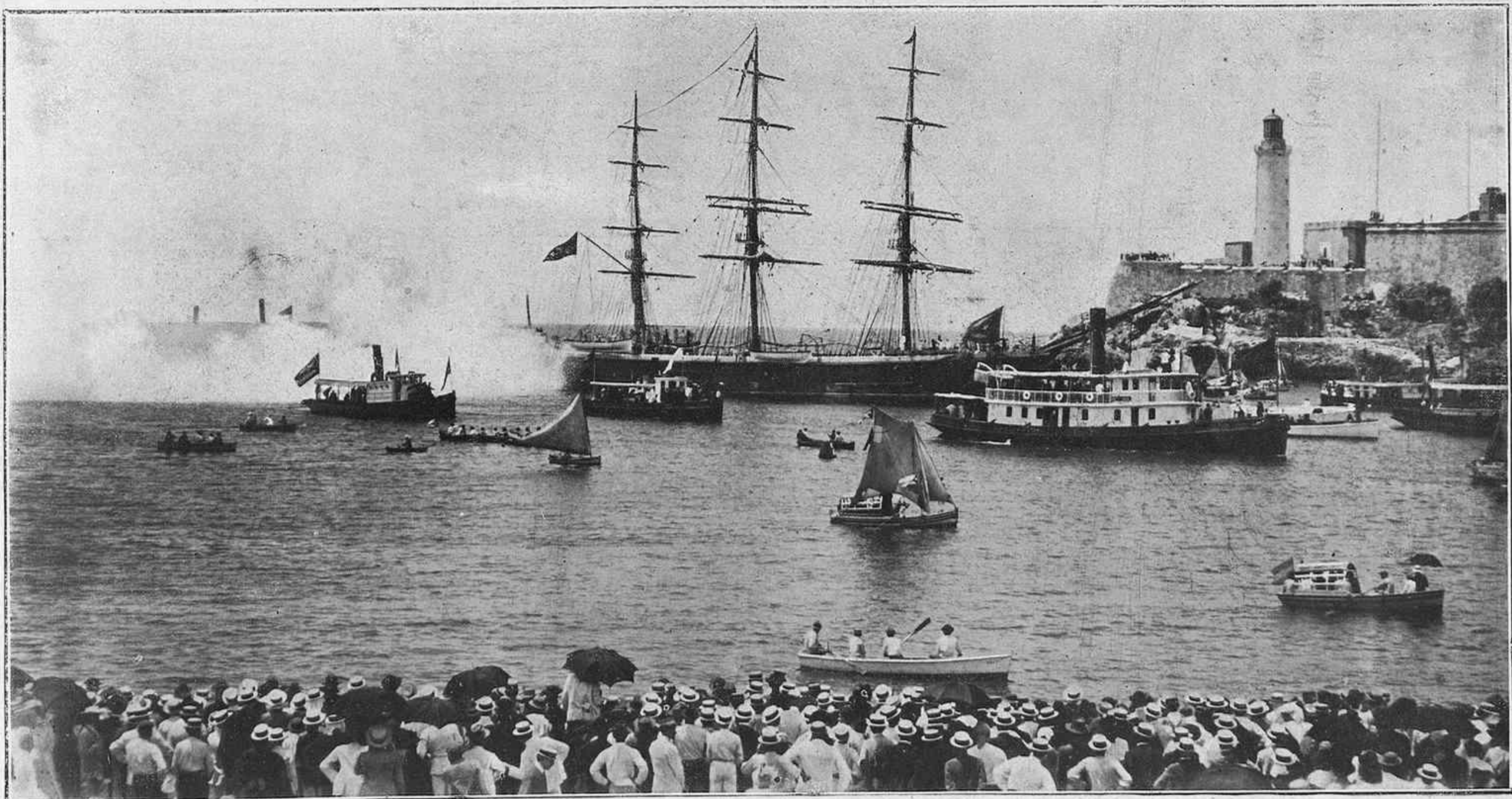
Al romperse bruscamente los lazos materiales que unían la colonia á la madre patria, se ha obrado el milagro de que se fortalecieron los lazos espiritua-

Aquella nave guerrera que nos abandonó un día lluvioso de invierno, representaba la sombra del coloniaje que se alejaba, se alejaba hasta perderse en las brumas del mar inquieto. Por eso los corazones cubanos la vieron alejarse sin pesar.

En cambio, esa nave velera que ahora se ha acercado á nuestras playas, es el símbolo de la España,

consideraciones y atenciones, saludados siempre con afecto y agasajados con cariño.

¡Oh poder del amor y de la libertad! Con centenares de miles de hombres y buen número de buques de guerra, España no logró domoñar á los cubanos; y ha bastado el arribo de una débil nave, saludando con cariño á la bandera de la estrella soli-



Habana.—El buque de guerra español «Nautilus» saludando á la plaza. (De fotografía.)

les de las dos naciones, lazos que no son otra cosa que la identidad de lenguaje, costumbres y el común origen.

Contemplando la entrada triunfal de la *Nautilus* —triumfal por la pacífica conquista de tantos cora-

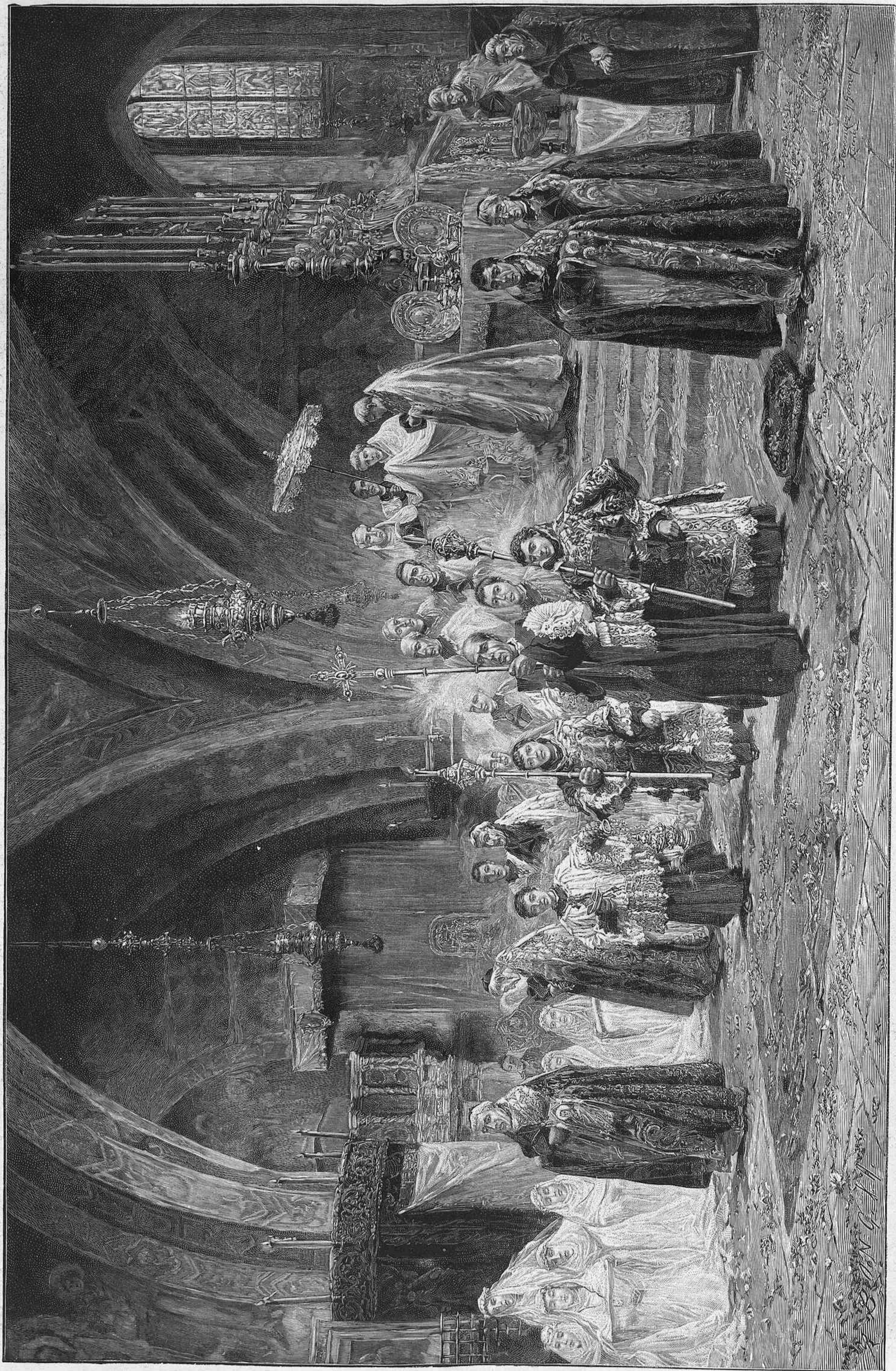
de la madre España que un día dió vida á las jóvenes naciones de América, y que hoy, libres de su tutela, se complacen en honrarla como progenitora. Por eso los cubanos se unieron á los españoles para recibirla con alborozo.

Por algunos días la Habana ha estado de fiesta,

taria, para que los cubanos se sintieran espiritualmente reconquistados.

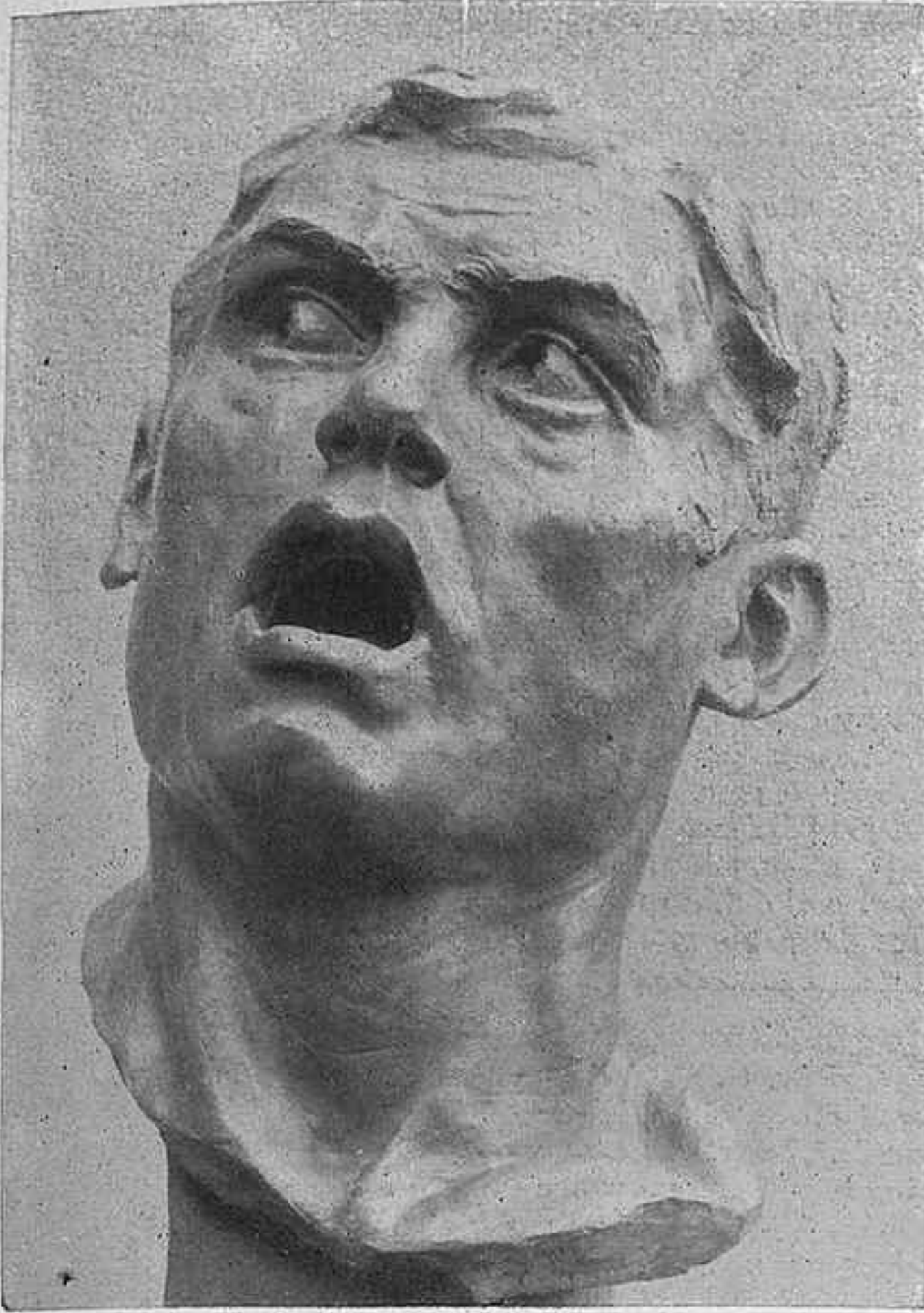
Si el amor y la libertad reinaran siempre en el mundo, ¡cuántos crímenes y miserias se evitarían!

ADRIÁN DEL VALLE.

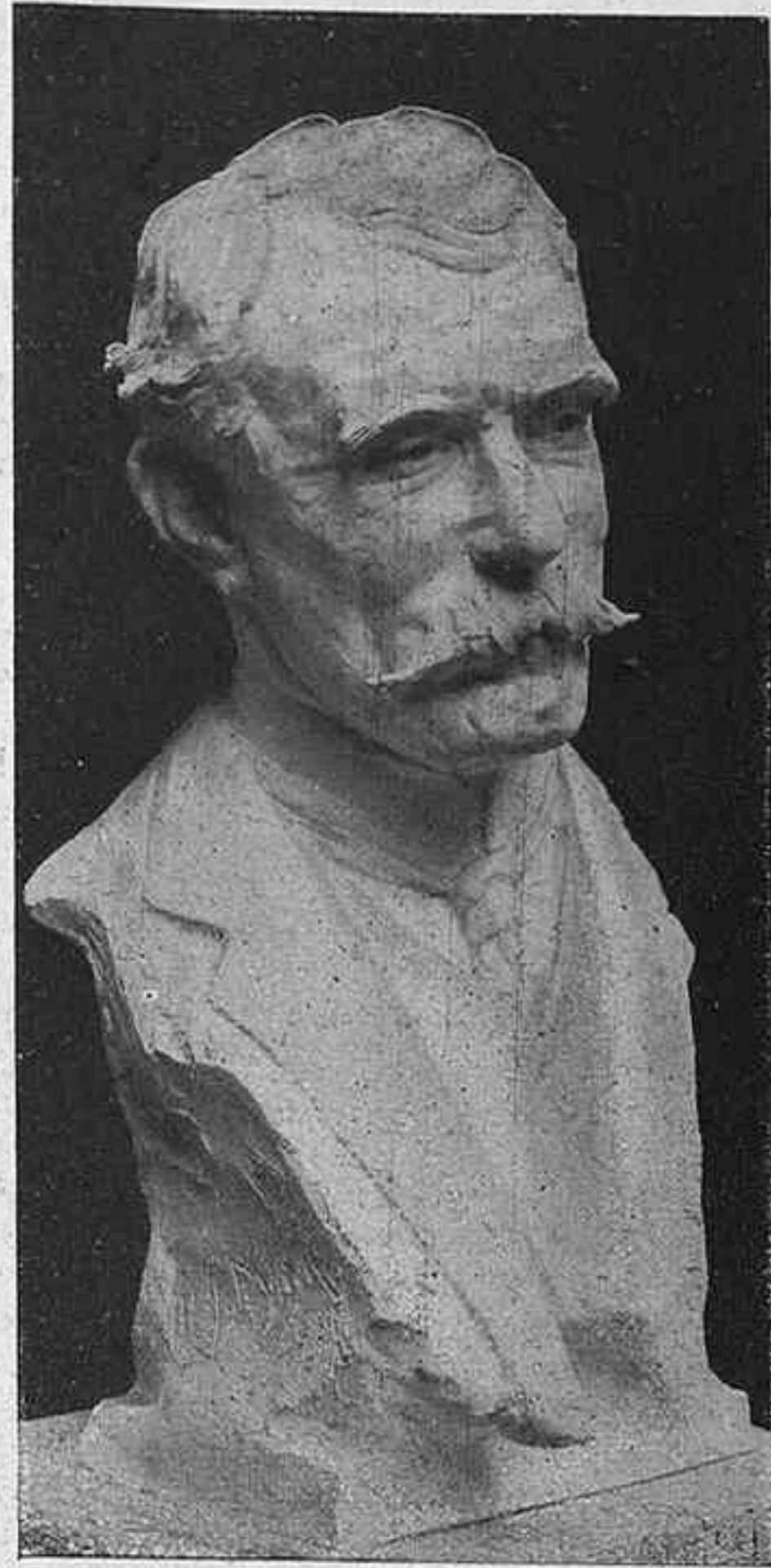


LA PRECONIZACIÓN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Fernández y González

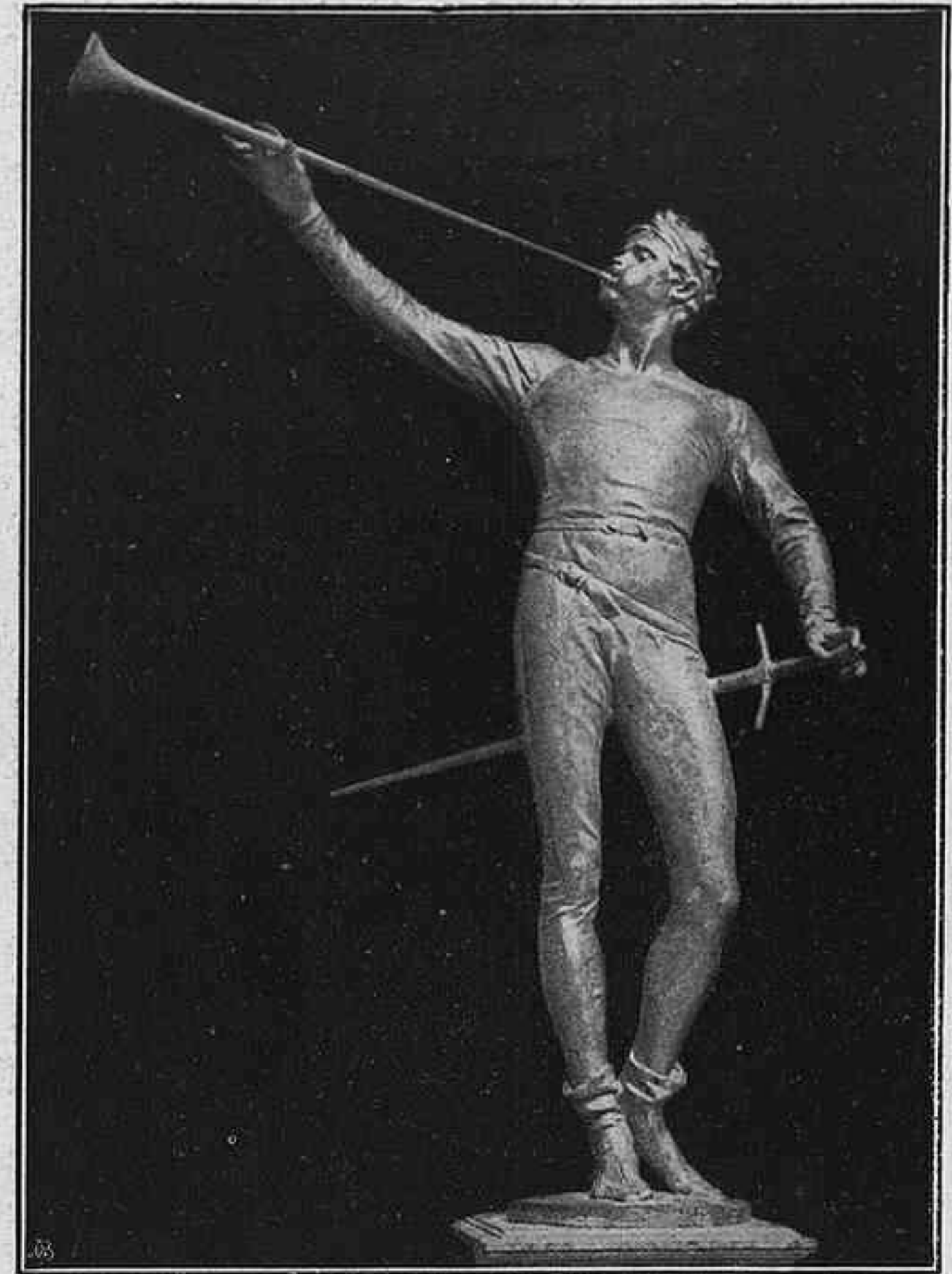
OBRAS NOTABLES DE ESCULTURA



El grito,
escultura de Rosa Silberer



Busto retrato de H. J. Dyer,
obra de Mervyn Lawrence



Trompetero,
escultura de G. Groot



Budapest.—Monumento recientemente erigido á la memoria del popular poeta húngaro Vörösmarty,
obra de Eduardo Kallós y Eduardo Teles (escultores) y de Geza Markus (arquitecto)

NICOLÁS RIMSKY KORSAKOFF

El célebre compositor ruso recientemente fallecido en su quinta de los alrededores de San Petersburgo, nació en 18 de marzo de 1844 en Tichwin (gobierno de Nowgorod), fué



El célebre compositor ruso NICOLÁS RIMSKY KORSAKOFF, fallecido en 22 de junio último. (De fotografía.)

alumno de la Escuela de Marina de aquella capital desde 1856 á 1862 y sirvió en la marina hasta 1873, en que, habiendo sido nombrado inspector de todas las bandas militares de la armada rusa, se dedicó por entero á la música. Por espacio de treinta años desempeñó en el Conservatorio de San Petersburgo la cátedra de composición y de instrumentación, habiendo sido discípulos suyos muchos de los principales compositores rusos modernos, entre ellos Alejandro Glazunoff y Antonio Arensky. Desde 1883 á 1894 fué director substituto de la Capilla de cantores de la corte de San Petersburgo; desde 1886 á 1890, director de los Conciertos de la Escuela libre y de los Conciertos sinfónicos rusos de la misma capital; en

BUDAPEST. - MONUMENTO A VÖRÖSMARTY

(Véase el grabado de la página 481.)

En la capital de Hungría y en presencia del archiduque José, que representaba al emperador, del gobierno y de un escogido y numeroso público, efectuóse recientemente la inauguración del monumento dedicado á Vörösmarty, el poeta más popular de aquella nación, porque fué el que con más inspirados y ardorosos acentos supo cantar el amor á la patria húngara.

Vörösmarty nació en Nyeck y falleció en 1855 en Budapest. Sus cantos épicos son conocidos en toda Hungría, especialmente la oda nacional *Szozak*, que ha llegado á ser, por decirlo así, la plegaria patriótica de los magiares.

El monumento es una obra grandiosa en su conjunto y hermosísima en sus pormenores; las figuras están magistralmente modeladas, y en cada una de ellas, así en la del poeta como en la de los grupos que llenan la base, se admira tanto la belleza de la ejecución como la magistral expresión del sentimiento único que á todos anima.

BARCELONA

INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA DE ZOOLOGÍA MARÍTIMA

El día 11 de los corrientes efectuóse la inauguración de la Escuela experimental de Zoología Marítima, instalada en el antiguo guardacostas *Cocodrilo* y fundada y dirigida por el capitán de fragata é infatigable adalid de aquella ciencia don Francisco de Borja.

Los invitados se reunieron en el embarcadero de la Paz, y en las canoas automóviles de los prácticos y de la Junta del Puerto y en las falúas de la Capitanía y del cañonero *Temera-*

director general de Navegación y Pesca Marítima D. Emilio Luanco, quien tenía á su derecha al comandante de Marina de esta provincia Sr. Campañá, y á su izquierda al Sr. Bosch y Alsina, presidente de la Junta de Obras del Puerto.

Asistieron además al acto representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, del gobernador civil, de la Real Academia de Ciencias y Artes, de la Escuela Náutica, del Club de Regatas, del Comité de Defensa, etc.

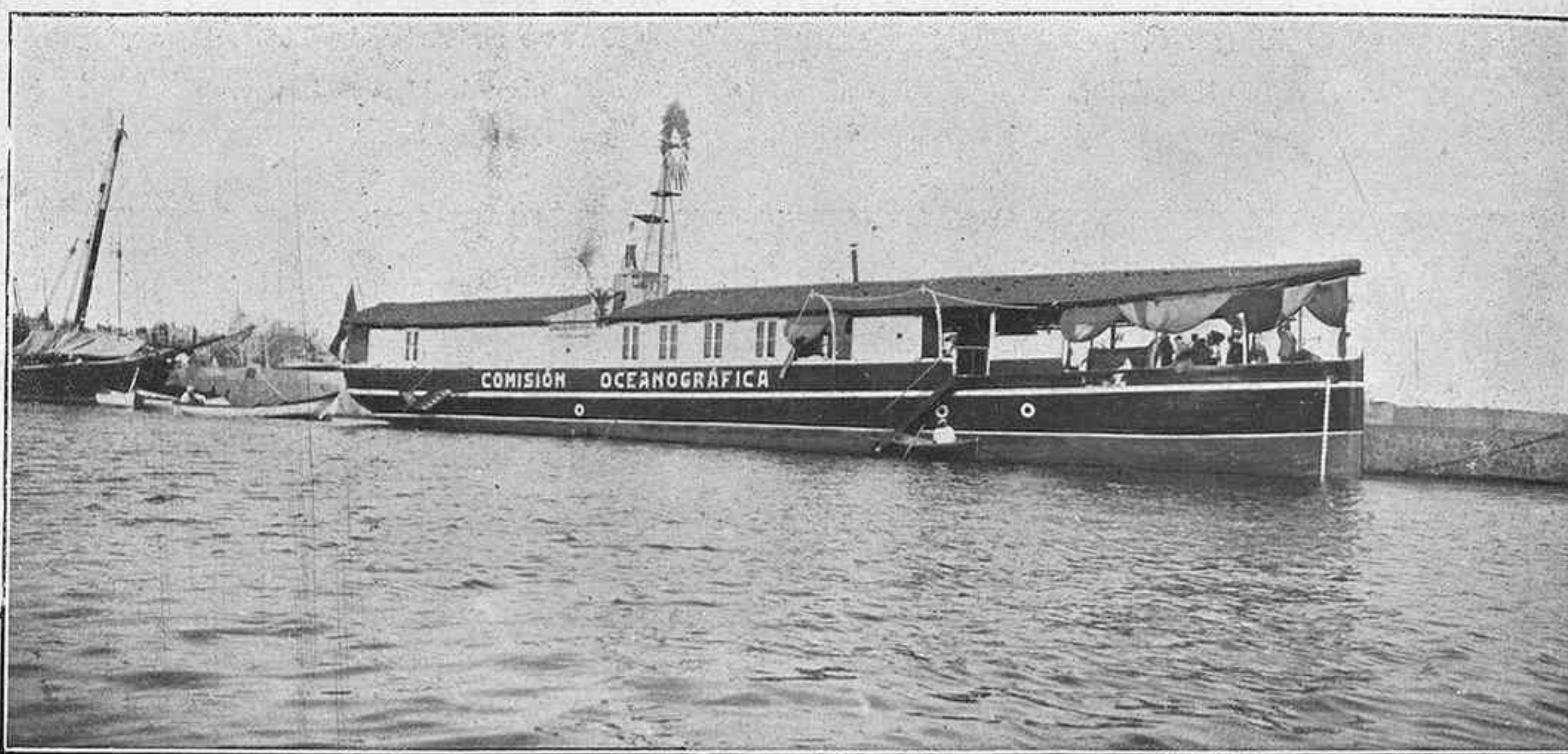
El Sr. Borja pronunció un elocuente discurso explicando los trabajos realizados para instalar la Escuela de Zoología, primera de España, la importancia de la industria de la pesca, la trascendencia material y científica de la nueva institución y la necesidad del conocimiento de una ciencia tan útil como educadora. Enumeró los medios escasos con que actualmente cuenta la escuela y terminó dando las gracias á cuantos habían contribuído á su instalación.

El Sr. Luanco felicitó en términos entusiásticos al Sr. Borja y declaró abierta la Escuela en nombre del rey.

Después los invitados recorrieron el barco, admirando la transformación del viejo guardacostas, hoy convertido en elegante y hasta lujoso museo de fauna mediterránea, en el que pueden estudiarse casi todos los ejemplares de peces que viven en nuestro mar.

A las felicitaciones que en el acto inaugural recibió el señor Borja, unimos las de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, rindiendo con ello el debido tributo al talento y á la perseverancia científica del sabio marino y digno director de la nueva Escuela.

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — El notable escultor Sr. Gargallo ha expuesto tres bajos relieves destinados al Hospital de San Pablo, que representan las tres obras de misericordia «dar de comer al que tiene hambre,» «dar de beber al que tiene sed» y «visitar á los enfermos;» otro relieve con las figuras de la Virgen, Jesús y San Juan; un busto de mujer y un busto retrato. Todas esas esculturas se distinguen



El antiguo guardacostas «Cocodrilo», en donde está instalada la Escuela de Zoología Marítima (De fotografías de A. Merletti.)



Barcelona. — Inauguración de la Escuela de Zoología Marítima. — El Director general de Navegación y Pesca Marítima y las autoridades y representaciones oficiales visitando las instalaciones de la Escuela, acompañados del director de ésta capitán de fragata D. Francisco de Borja.

1889, director de orquesta en París; en 1898, en Moscou, y en 1900 y 1906, en Bruselas.

Cultivó todos los géneros de composición, sinfonía, música de cámara, música vocal y ópera. Entre sus obras más notables citaremos las tres sinfonías *Capricho español*, *Antar* y *Scheherazada*, un cuarteto y un sexteto para cuerda, varios coros, y las óperas y operetas *Saiko*, *Mozart* y *Satieri*, *La novia del tsar*, *La doncella de Pskow*, *Flor de nieve*, *El tsar Saltan*, *La noche de mayo*, *Servilia* y *Pan Wojewode*, todas ellas muy aplaudidas en Rusia y algunas también en otros países. *Flor de nieve* ha sido puesta recientemente en escena en la Ópera Cómica de París, habiendo obtenido un éxito por demás satisfactorio.

Rimsky Korsokoff fué uno de los cinco compositores que formaron la *Kutchka*, grupo que se propuso dotar á Rusia de una música nacional, dando por base á cada obra un tema ó un aire popular; sin apartarse de este ideal, es decir, siendo siempre ruso en cuanto á la melodía, fué wagneriano en la instrumentación y se conquistó como instrumentista uno de los primeros puestos en el mundo musical contemporáneo.

rio se trasladaron al buque escuela, en donde fueron recibidos por el Sr. Borja.

La ceremonia inaugural efectuóse en la cubierta del barco, que estaba profusamente adornado con flores y banderas, habiendo ocupado la presidencia, en nombre del gobierno, el



Para dar al cutis fresca seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la **CREMA DE SIVA** la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas: la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana. **COMPANÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARIS.** — De venta en todas las buenas perfumerías. — Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª.—Madrid.

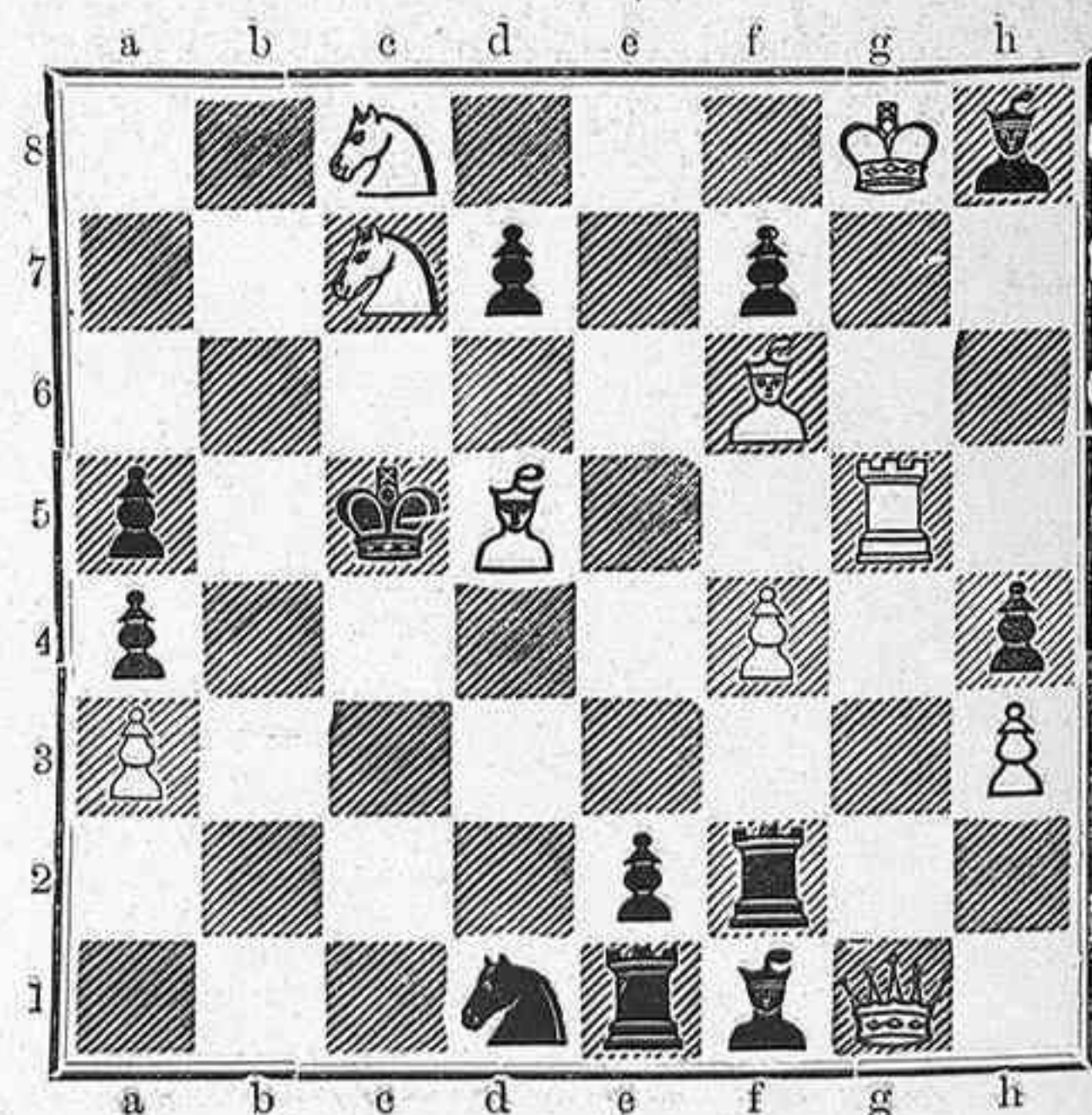
por su admirable expresión y por una ejecución amplia y vigorosa, y los relieves del Hospital de San Pablo además por la habilidad del artista en adaptarlos á las dimensiones y formas de los espacios en donde han de ser colocados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 500, POR V. MARÍN

(2.º premio del Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1904.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

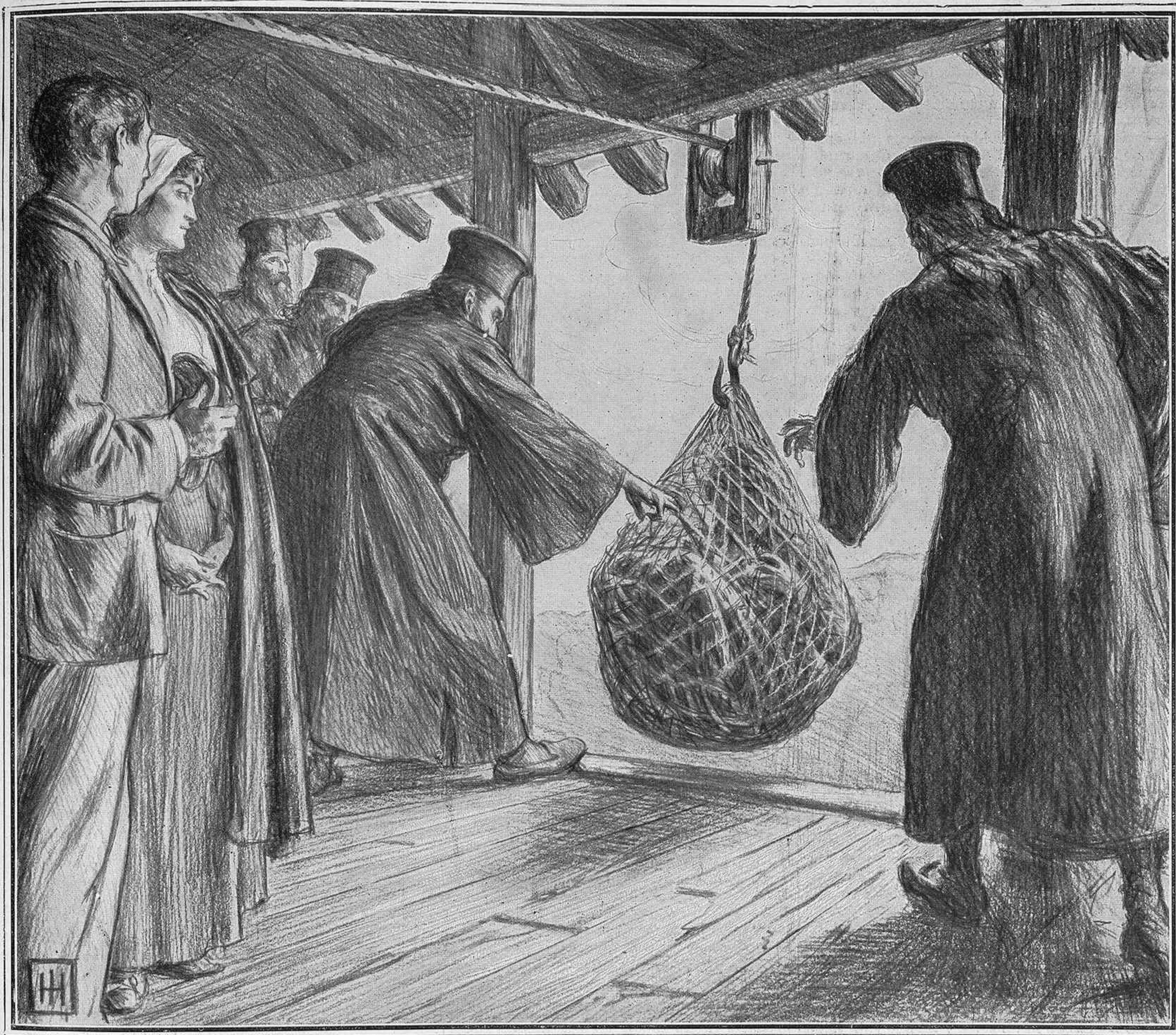
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 499, POR V. MARÍN

- Blancas. Negras.
- 1. Aa5-c3. 1. Cualquiera.
- 2. D ó A mate.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



... hasta que sintió que la agarraban y atraían lateralmente

Si seguían el camino que traían, tenían que penetrar por fuerza en un distrito donde capitaneaba el jefe de una partida enemiga que se llamaba Kayo; habían tomado aquel camino por ser el más corto y por creer al mismo tiempo que este Kayo se hallaba persiguiendo á cierto personaje griego recalcitrante por la parte opuesta de la comarca. Pero según acababan de averiguar, este capitán de bandoleros se había enterado de que nuestros prisioneros estaban á punto de ser rescatados, y se había puesto al accho de Stoyan y de los suyos con objeto de apoderarse de ellos para cobrar el dinero del rescate, ó á lo menos para venir á un arreglo y partirlo entre las dos cuadrillas de malhechores. Era preciso, por lo tanto, volver atrás y dar un gran rodeo, que les emplearía por lo menos dos días. A pesar de la gran contrariedad que sentía Mauricio, no dejó de comprender que Stoyan tenía mucha razón cuando le dijo que si las dos partidas de bandoleros llegaban á las manos, las jóvenes lo pasarían muy mal, mientras que dando este rodeo no había ninguna clase

de peligro, sino la incomodidad del viaje, y para que ésta no fuera mucha les proporcionaría caballos.

Mauricio le dijo entonces que Wylie estaría con mucho cuidado al ver que no se presentaban sus amigos; pero el capitán de bandoleros le prometió que le mandaría un recado explicándole lo que ocurría y diciéndole al mismo tiempo que no tenía necesidad de pagar el rescate hasta que no estuviera completamente convencido de que todo estaba en regla. Cuando Mauricio refirió á las jóvenes lo que pasaba, le contestaron que contra lo inevitable no se podía hacer nada, y que por lo tanto no tenían más remedio que resignarse con su suerte y marchar por donde las llevaran los bandidos; dedicaron la tarde á descansar bien á fin de prepararse para el viaje nocturno, porque entre otras muchas cosas habían aprendido á aprovechar todos los momentos que se presentaban en las marchas.

A eso del obscurecer volvieron á salir dos bandidos y regresaron al poco rato trayendo dos caballos ó jaquitas, y en cuanto montaron las jóvenes en ellos

se emprendió de nuevo la marcha, yendo al principio muy despacio y tomando muchas precauciones. Cuando salió la luna se hallaban ya bastante lejos del teatro de las hazañas del bandido Kayo para que los pudiera alcanzar aunque apretara mucho el paso; el camino por donde caminaban ahora era tan estrecho y tan pendiente, que las jóvenes se mareaban y tuvieron que cerrar los ojos, dejando á los bandidos el cuidado de guiar las caballerías por el diestro. Estaban ya muy cansados y muertos de frío, cuando principió á ocultarse la luna, y se alegraron cuando oyeron decir á Stoyan que era imposible caminar á oscuras por unos vericuetos que él no conocía muy bien, y que por lo tanto tenían que detenerse y pasar la noche por aquellos alrededores. Hicieron alto en un reborde de la montaña, donde el camino era algo más ancho; las dos jóvenes se acurrucaron en las rocas, envueltas en sus mantas, resguardándose con los caballos del viento helado que soplaba, y lo mismo hicieron Mauricio y los bandidos. El sitio no era el más á propósito para poder descansar, porque

las rocas no presentaban ninguna superficie plana donde tenderse con alguna comodidad; pero como estaban ya bastante cansados pudieron dormir un poco, y a la mañana siguiente se hallaban todos dispuestos y deseosos de continuar la marcha. Entonces les manifestaron los bandidos que tenían que volver á vendarles los ojos, porque habían de pasar por un sitio de la montaña que no podía ver ningún prisionero, conforme al juramento prestado por todos ellos. No se opusieron, como era natural; pero cuando Milosch sacó de su morral un pedazo de cera y les mandó que se tapan los oídos, se resistieron y no quisieron obedecerle.

—Pero si es para que no se asusten ustedes, les dijo. Ahí enfrente tenemos un destacamento de fuerzas rumíes, y si oyen los tambores gritarán y nos venderán á todos nosotros, mientras que llevando los oídos tapados no oirán el ruido y no nos sucederá nada.

—No tengan ustedes cuidado, que no gritaremos, exclamó indignada Zoe. No haremos el menor ruido aunque oigamos los tambores ó cualquier otro sonido.

Milosch se lo comunicó en seguida al capitán y éste se quedó un momento muy pensativo, con la faz adusta y desabrida.

—No estamos obligados á guardar á ustedes ninguna clase de consideración, dijo el capitán hablando entre dientes. Les hemos alimentado y vestido durante un mes ó algo más; les hemos proporcionado alojamiento mientras que nosotros nos quedábamos al raso aguantando el frío y la lluvia, y en todo ese tiempo nos han estado engañando. Por culpa de ustedes hemos tenido que huir de nuestras guaridas, hemos tenido que hacer marchas forzadas y pasar andando noches enteras, y á pesar de todo esto nada agradecen; al contrario, si se les presentara ocasión nos entregarían de muy buena gana á los rumíes.

—No somos tan necios como todo eso, contestó Mauricio. Si se trabara un combate, los primeros que sufriríamos las consecuencias seríamos nosotros, como usted mismo dijo ayer muy bien. Hemos prometido que no trataríamos de escaparnos, y conforme lo prometimos lo cumpliremos.

—¿Qué valor pueden tener sus promesas?, dijo Stoyan con desdenosa sonrisa.

A todo esto, con la conversación, no se volvió á mentar la cera, y las jóvenes siguieron cabalgando á obscuras, llevando á Mauricio en medio de las dos. Hacía ya unas dos horas que caminaban de este modo, cuando de pronto se produjo cierto movimiento entre los bandidos. Prepararon al momento las armas y estuvieron hablando con mucha animación en voz baja durante un buen rato. Hicieron dar media vuelta á los caballos, de modo que quedaran atravesados en el camino, tocando á la roca con la cola; colocaron á Mauricio en medio y le ordenaron que cogiera las bridas de los dos; mientras tanto todos los bandidos se adelantaron con intento, al paecer, de practicar un reconocimiento. Pasó algún tiempo sin que el ruido sordo de los pies, calzados con abarcas, anunciara que regresaban. Después oyeron á Milosch que decía en voz baja, pero con mucha energía: «Si habláis una sola palabra moriréis en seguida.» Le quitaron á Mauricio las bridas de la mano y notó que se le puso como antes un hombre á cada lado; volvieron á emprender la marcha en medio del mayor silencio, y así siguieron durante varias horas, hasta que las jóvenes se caían ya de los caballos rendidas de cansancio. Por fin los bandidos que iban delante se detuvieron y le quitaron á Mauricio el pañuelo que le tapaba los ojos. Entonces miró asombrado en torno suyo, y vio que habían hecho alto en un valle pedregoso, circuido por todas partes de altos picachos, y que el sol estaba á punto de ocultarse. Estaban rodeados de cierto número de hombres armados que se apoyaban en sus carabinas y que iban vestidos de paño pardo muy burdo, en vez de llevar los trajes sucios y las polainas altas que usaban los de la partida de Stoyan. Entre ellos no veían una sola cara conocida; parecía aquello cosa de magia, porque sin saber cómo ni cuándo una partida de bandidos nueva había substituído en un abrir y cerrar de ojos á la anterior.

—Ayúdame á bajar, Mauricio, dijo Zoe con impaciencia; me he quedado tan entumecida, que no puedo moverme siquiera.

Así lo hizo el joven al momento casi maquinalmente; pero mientras le desataba el nudo del pañuelo que le tapaba la vista quiso prepararla para lo que iba á ver.

—Oye, Zoe, y tú, Irene, algo extraño ocurre aquí. No veo ya á ninguno de nuestros bandidos; todos los que hay ahora me son desconocidos.

—¿Nuestros bandidos has dicho? Eso sí que está gracioso, dijo Irene mientras se quitaba ella misma la venda de los ojos.

—¿Nuestros bandidos has dicho? Eso sí que está gracioso, dijo Irene mientras se quitaba ella misma la venda de los ojos.

—¿Nuestros bandidos has dicho? Eso sí que está gracioso, dijo Irene mientras se quitaba ella misma la venda de los ojos.

Y así Zoe como ella se quedaron admiradas al ver aquella nueva tropa que les custodiaba.

—Pregúntales, Mauricio, qué significa todo esto, dijo Zoe con voz algo temblona, lo que aquél hizo al momento.

Pero resultó que los desconocidos ignoraban ó fingieron ignorar todas las diferentes lenguas que emplearon los cautivos para dirigirse á ellos, los cuales hablaban entre sí otra que los prisioneros no comprendían, aunque á Irene le pareció que debía de ser la llamada moesia. Tampoco se dieron por entendidos, ó por lo menos no quisieron contestarles á las señas que les hicieron; pero cuando Mauricio señaló el camino que habían seguido y les indicó que él y las jóvenes querían desandararlo muy pronto, les interceptaron el paso y echaron mano á las carabinas con gesto bastante significativo.

Contrariados y rendidos de cansancio, se sentaron los prisioneros en el suelo, y el capitán de aquella nueva partida les miró sonriéndose y les señaló al mismo tiempo el sitio donde estaba su gente haciendo preparativos para pasar la noche. Habían metido un palo entre la cortadura de unas rocas y luego pusieron por encima una tela de lona muy larga, que aseguraron al suelo con piquetes, formando como una gran tienda de campaña con dos compartimientos. Mauricio se apresuró á decir á las jóvenes que tomaran posesión de aquel albergue, y el capitán lo aprobó con una inclinación de cabeza. Los bandoleros habían encendido fuego y cocían algo en un gran caldero que miraban con mucha atención á cada momento. Hubo después la escasez de vajilla que había siempre, pero á los prisioneros les sirvieron su parte en la tapa de la olla; sus guardianes se acercaron á ésta cuchara en mano y principiaron á comer muy contentos y satisfechos. La comida consistía en una especie de gachas dulzonas y pegajosas que sólo por la mucha hambre que tenían los prisioneros pudieron tragar. En cuanto terminaron la frugal comida, Mauricio les dijo á las jóvenes que se acostaran, pero ninguna se movió de su sitio.

—¿Qué significa todo esto, Mauricio? Tenemos que averiguarlo, dijo Zoe.

Y añadió á continuación:

—¿Será que la partida del bandolero Kayo se ha apoderado por fin de nosotros?

—No creo que pueda ser eso, no habiendo habido combate entre ellos. Lo que me temo es que Stoyan nos ha entregado á esta nueva cuadrilla.

—¿Y adónde nos llevarán ahora?, preguntó Irene bruscamente.

Mauricio dudó un momento antes de contestar; pero luego le pareció que no había necesidad de ocultar nada y dijo:

—Yo creo que para ir á Therma debíamos de haber caminado en dirección Sur, en vez de ir hacia el Sudoeste, como si fuéramos á la frontera de Morea.

—¿Y nadie sabrá ahora dónde nos encontramos?, dijo Zoe con labios trémulos.

—¡Todo por culpa mía!, exclamó Irene. Les he traído sin querer á este mal paso, y lo que más siento es que no puedo hacer nada para remediarlo.

—No digas eso, se apresuró á contestar Zoe, que hacía esfuerzos por contener sus lágrimas al ver correr las de Irene por sus mejillas. En otros pasos peores nos hemos visto ya y hemos salido de ellos. Lo triste es que ahora que parecía que todo estaba ya arreglado, tendremos que principiar de nuevo. Verdad es que estamos muy cansadas y todo lo vemos muy mal en este momento. Mañana por la mañana ya no nos parecerá nuestra situación tan desesperada.

Si las muchachas lloraron mucho antes de quedarse dormidas, Mauricio no lo supo, porque á la mañana siguiente parecía que estaban hasta contentas, aunque veían muy bien que en la marcha que habían emprendido se alejaban de Therma y caminaban en busca de lo desconocido. El aspecto de las montañas iba cambiando poco á poco, y á las laderas ondulantes y á los elevados picos iban sucediendo las grandes rocas y cortaduras á plomo, con grandes precipicios y masas de granito fantásticas.

—Parece que estamos en el fondo de uno de los barrancos más profundos del mundo, dijo Zoe cuando por la tarde caminaban contemplando aquellas paredes naturales de roca que daban miedo. Mira, Mauricio, cómo se va ensanchando esta garganta. Allí hay otra columna de peñascos y en la parte más alta una casita. ¿Cómo podrán subir hasta allá arriba? No, ahora veo que es un edificio grande..., sí, es un castillo.

—Será algún monasterio edificado sobre las peñas, dijo Mauricio; pero no sabía yo, añadió después, que hubiera monasterios en Emacia.

Alzaron la vista al firmamento, sobre el que se destacaba el monasterio de Hagios Antonio, asentado

do sobre su columna de roca como un botón en el extremo de un tallo muy largo.

El día anterior, Wylie, con su amigo Armitage, el dibujante, que se había empeñado en presenciar la liberación de los cautivos, llegó al lugar convenido con los bandidos, llevando el rescate cuidadosamente empacado á lomo de unos burros. La cita era en una posada de dudosa reputación situada al borde del camino, donde daban pésimo alojamiento á hombres y á bestias. Los bandidos habían puesto por condición que el dinero no tenía que venir escotado por soldados ni hombres armados de ninguna clase, motivo por el cual Wylie y Armitage tuvieron que ir solos, pues hasta los mismos dueños de los burros se resistieron á acompañarles en la última etapa. Antes de comprometerse para el viaje, habían exigido que el valor de sus animales, apreciándolos muy por lo alto, quedase depositado en el consulado general de Inglaterra, y por esta razón se encontraban muy á gusto y tranquilos en la otra posada donde se habían quedado. Wylie se había imaginado que podría pagar en el acto el rescate y que aquel mismo día volvería con sus amigos ya libres á otro alojamiento mejor, donde les esperaban muchas ropas y otros efectos que habían proporcionado la señora del profesor Panagiotis, las del consulado inglés y otras varias damas filantrópicas; pero el mal encarado posadero de aquella posada de bandidos se echó á reír al oír decir á Wylie que quería acabar en seguida.

—¿Pero cree usted, dijo después, que la partida iba á estar aquí aguardándole, sin asegurarse antes de que había usted cumplido su palabra de venir solo?

Y añadió después que él era el encargado de ir á un sitio de lo más escondido de las montañas vecinas para avisar á los bandidos que ya habían traído á la venta el dinero del rescate, y aquéllos entonces explorarían todos los alrededores antes de atreverse á entrar en la venta. Al oír esto apretó Wylie con rabia los dientes, porque comprendió la trastada que le habían jugado los bandidos. Había sacrificado todo cuanto tenía para reunir el dinero del rescate, y ahora se lo robarían en cuanto Armitage y él entrarán en la posada los cajones llenos de oro que habían traído. No podían volverse atrás de ningún modo; descargaron los cajones, echaron una manta por encima y se pasaron la noche relevándose y haciendo centinela armados de sable y revólver.

La primera parte del siguiente día transcurrió muy lentamente para ellos, porque no se atrevían á separarse del dinero; pero por fin les dijo el posadero que Stoyan les aguardaba en el sitio convenido, por lo que volvieron á cargar los asnos y se fueron en seguida, deseosos de terminar cuanto antes aquel negocio. Stoyan y Milosch les salieron á recibir cerca de un pequeño bosque y los llevaron al momento á un sitio despejado que había en el centro del mismo. Nadie más se hallaba presente, pero Wylie abrigaba la convicción de que las matas tenían ojos y de que los cañones de las carabinas asomaban por entre la maleza. Bajaron entonces los cajones, contaron el dinero y el capitán dijo que quedaba satisfecho.

—Bien, pues si está usted satisfecho, ¿dónde están nuestros amigos?, preguntó Wylie.

—Ya están en libertad, le contestó aquél.

—¿Pero cómo es eso? Yo creí que me los iba usted á entregar aquí mismo, como habíamos convenido.

—¡Ah, no! Ya hace tiempo que conocemos al capitán y sabemos que acostumbra á hacernos algunas raterías, contestó Stoyan sonriéndose. Si tuviera usted á sus amigos sanos y salvos á su lado, ¿quién le podía impedir que llamara á los soldados para que nos cogieran antes de que pudiéramos escapar con el dinero? Mientras siga usted en nuestro distrito no se juntará con ellos. Sin embargo, ya van camino de Therma, y allí los encontrará usted cuando lleguen.

—¿Pero cómo es posible que los hayan puesto ustedes en libertad antes de recibir el dinero del rescate?

—Porque nos había usted prometido que nos lo entregaría, y nosotros sabemos muy bien que un inglés cumple siempre su palabra; ¿no es así?

—Sí, señor; ¿pero quién acompaña á mis amigos?, preguntó Wylie, asombrado é inquieto sin saber por qué.

—No les acompaña ninguno de los nuestros; los hemos mandado solos; las dos mujeres van á caballo; marche en seguida detrás de ellos, no sea que les vaya á ocurrir otra desgracia parecida. Ahora verá usted.

Y el capitán de bandoleros dió entonces un silbido; los bandidos salieron del matorral y continuó diciendo:

—Aquí estamos todos; puede usted contarlos si gusta.

Wylie los contó al momento y vió que efectivamente estaban todos presentes. Entonces bajó la cabeza y se marchó con Armitage, yendo muy preocupado y de mal humor. Al entrar en la posada, un labriego que hablaba con el posadero se volvió y se quedó mirándoles.

—A usted venía buscando precisamente, dijo después el labriego dirigiéndose á Wylie. Me he encontrado á un hombre con dos mujeres que van á caballo en dirección á Therma, y me encargaron que procurase ver á un caballero europeo de ojos azules y que le dijera, si daba con él, que ellos iban de lante para la ciudad.

Wylie le entregó una moneda al hombre que acababa de darle la noticia, y le dijo á Armitage en alta voz que pagara la cuenta de la posada, mientras que él entraba dentro precipitadamente para recoger todos sus efectos. Los cargaron al momento en los borricos y emprendieron en seguida la marcha, porque Wylie tenía muchísimos deseos de volver á ver á sus amigos, aunque sentía por otro lado mucha inquietud por las palabras de Stoyan. Caminaban á muy buen paso en los borriquillos, cuando de pronto oyeron una voz que les llamaba desde la falda de una loma, y al mirar vieron que era Milosch, que estaba de pie en lo alto de un peñasco y que le decía á Wylie:

—Mira, si no encuentras á los que buscas, acuérdate de que juraste en falso.

—¿Qué dice ese de jurar en falso?, preguntó Armitage.

—No sé á qué se refiere. No recuerdo haber jurado nunca en falso; tal vez hayan sido ellos. Apresuremos el paso.

XVI

HAGIOS ANTONIOS

En la cumbre de enorme pilar de roca viva, y como formando su coronamiento, se levantó el monasterio de Hagios Antonios; los prisioneros y sus guardianes lo contemplaban desde abajo, sin comprender cómo se podría llegar hasta allá arriba. Verdad es que se veían algunas escaleras de mano en varios sitios de la cara superior de aquella roca vertical, pero no de una manera continua, sino que á lo mejor faltaban en los puntos de mayor peligro, y la más baja de todas estaría, sin embargo, á más de ciento cincuenta pies del suelo. Los bandidos no demostraron, ni mucho menos, la extrañeza de sus prisioneros, porque seguramente estaban ya muy acostumbrados á verlo y á subir hasta arriba; así es que al llegar hicieron uno ó dos disparos de arma de fuego para llamar la atención de sus habitantes. Aquella debía ser indudablemente la señal convenida, porque no tardaron en asomar dos cabezas con luengas barbas y altos gorros cuadrados, allá en la parte más alta, casi tocando al firmamento, y cambiaron algunas palabras con los de abajo, después de lo cual se vió que descendía lentamente desde un torreón saliente una maroma, á cuyo extremo venía algo atado.

—Pero, oye, Mauricio, ¿qué va á pasar aquí?, preguntó Zoe en voz baja, mientras miraba cómo iba bajando la maroma poco á poco.

—Supongo que nos irán subiendo uno á uno, contestó él.

—¿Uno á uno? Entonces es que piensan separarnos, dijo Irene asustada.

—No lo creo; pero de todos modos, tenemos que prometernos mutuamente que no tomaremos ninguna resolución ni haremos ninguna promesa sin estar de acuerdo los tres. Caso de que trataran de obtener algo de nosotros separadamente, tenemos que pedir

cada uno que nos pongan en comunicación con los otros dos. Esa será la única probabilidad que tendremos de acertar en nuestras contestaciones.

Las jóvenes se apresuraron á prometer que así lo harían, mientras examinaban lo que venía atado al extremo de la maroma, que ya había llegado al suelo, y que resultó ser una red muy grande, hecha de cuerda gruesa, sujeta por los cuatro extremos á un gancho de hierro muy sólido.

Los bandoleros la desengancharon y extendieron en el suelo é hicieron señas á los prisioneros para que se pusieran sobre ella.

sólo al contemplarla desde abajo se horrorizaba, y en aquel momento hubiera deseado con toda su alma el no tener la vista tan buena como la tenía. Al mirar resueltamente arriba, cuando le llegó el turno de meterse en la red, observó, temblando de espanto, que la maroma que cortaba el cielo allá cerca de las nubes era vieja y estaba muy gastada, pareciéndole que por algunos sitios había quedado reducida á un solo cabo. El mirar hacia abajo tampoco le proporcionó ningún consuelo, pues la tierra le pareció que estaba á una distancia incommensurable, y el movimiento oscilatorio, por más que fuera entonces bastante débil, la mareó mucho y tuvo que cerrar los ojos, manteniéndolos así hasta que sintió que la agarraban y atraían lateralmente, depositándola en el suelo y desenganchando la red.

—Respira, Zoe, que ya pasó todo y te encuentras entre nosotros sin novedad, dijo Mauricio al ver que su hermana seguía sentada en la red, temblando de pies á cabeza sin poder moverse. Árida, pronto, que van á volver á bajar la cuerda para subir nuestros efectos.

—La maroma se está rompiendo, Mauricio, articuló ella por fin, mientras se asía al brazo de su hermano para poder levantarse del suelo.

—Lo has notado, ¿no es verdad? Pues, mira, por eso precisamente no quise que subierais juntas. Pero después me dijo uno de estos monjes, que habla el tracio, que suben muchas veces dos hombres juntos y que hasta ahora nunca ha ocurrido nada. Dice que la maroma no hace más que cuatro años que la están utilizando, y que por lo regular siempre dura seis.

—Mucho celebraríais que no tuvieran que subirme

á mí con ella cuando llegue á su sexto año de prestar servicio, dijo Zoe con sonrisa forzada. ¿Pero dónde está Irene?

—Por ahí anda la pobre medio muerta, al cuidado de una vieja que debe tener más años que varias viejas juntas. Ves á ver lo que tiene, que ha preguntado por ti y quiere estar á tu lado, y así dejaremos solos á estos venerables señores.

No había mucho más espacio en el torreón del que ocupaban el primitivo cabrestante y los monjes que lo ponían en movimiento. Salió Zoe apoyada en el brazo de Mauricio, pero aún iba tambaleándose por lo mareada que había quedado, y se halló en un patio embaldosado, donde vió á Irene tendida en el suelo, completamente sin sentido, y á su lado una vieja que se lamentaba amargamente; á una prudente distancia había un grupo de monjes, vacilando entre la curiosidad, que les incitaba á acercarse, y la conciencia, que les detenía, al pensar que no estaría bien visto que lo licieran.

—¿Pero qué es eso?, exclamó Mauricio al ver aquel cuadro. Hace un momento no había perdido el conocimiento. Mira, Zoe, ¿no podrías aplicarle algún remedio? ¿Qué sería bueno..., ron, tal vez?

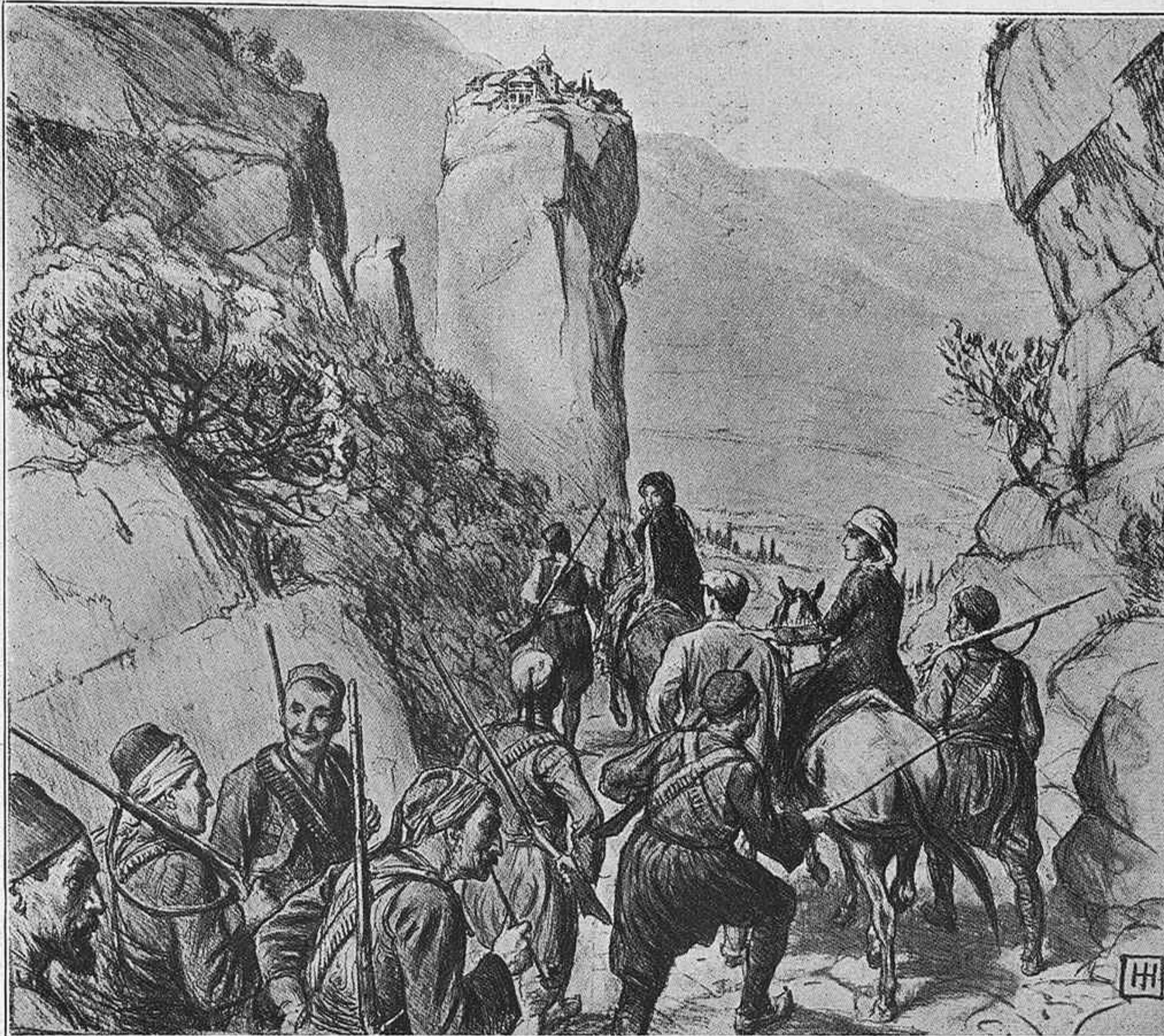
—Agua, contestó Zoe de pronto; tráeme agua. Y Mauricio la pidió en alta voz en inglés, latín, griego, francés y tracio. Uno de los monjes lo entendió en francés y llamó á otra vieja, ordenándole que trajera un jarro de agua.

—¡Ah, Zoe, estás aquí!, exclamó Irene cuando abrió los ojos. Quédate conmigo, te lo suplico. No consentas que me separen de ti y de Mauricio.

El monje que hablaba francés se acercó silenciosamente á éste, diciéndole en tono de súplica:

—Haga usted el favor de tranquilizar á S. A. R. Le tenemos preparado el mejor alojamiento que nos ha sido posible, y si ella desea que la otra joven le acompañe, no hay en ello dificultad alguna. Se le guardarán todas las consideraciones debidas á su jerarquía, siempre que no sean incompatibles con su seguridad personal.

(Se continuará.)



Parece que estamos en el fondo de uno de los barrancos más profundos del mundo, dijo Zoe

—¿Tenemos que subir metidos en eso?, preguntó Zoe palideciendo.

—Mejor será que vaya yo primero, dijo Mauricio, y así veréis cómo no hay ninguna clase de peligro.

Irene lanzó una protesta inarticulada, pero él se sentó en seguida en medio de la red, reunieron y engancharon las cuatro puntas sobre su cabeza y principió á levantarse del suelo pausadamente. Las jóvenes contemplaban la ascensión asustadísimas y sin poder respirar, porque la maroma daba grandes vaivenes y á cada uno de ellos parecía que la red con Mauricio dentro iba á dar contra las rocas; pero éste lo evitaba con las manos, como si hubiera sido lanzado en medio del espacio. Tan espantadas estaban las jóvenes de ver aquello, que allá en su interior le creyeron muerto más de cien veces, antes de que unas robustas manos cogieran la red y la metieran dentro del torreón; entonces fué cuando advirtieron que las dos estaban estrechamente abrazadas la una á la otra. En aquel momento se oyó una voz que decía algo desde arriba al volver la maroma á descender, y casi antes de que se dieran cuenta de que le tocaba subir ahora á una de ellas, el capitán de los bandidos extendió la red y les indicó que podían ir las dos juntas. Pero Mauricio dijo desde arriba que no subieran las dos juntas, porque la cuerda no era muy fuerte, y entonces Zoe empujó á Irene hacia adelante.

—Ahora te toca á ti, le dijo.

É inmediatamente le entró la duda, como le sucedía siempre, de si se habría reservado para sí la peor parte, teniendo que presenciar una segunda ascensión, ó si con lo que había hecho privaría á Irene del valor que le hubiera dado su buen ejemplo.

La ascensión de Irene no fué, ni con mucho, de tantas emociones como había sido la de Mauricio, y Zoe comprendió en seguida que su hermano se había encargado de sostener y dirigir la maroma, porque habían cesado casi por completo las terribles y peligrosas oscilaciones de antes que tanto espanto les había causado á las dos. Pero á pesar de todo, aquella subida la consideraba Zoe muy peligrosa, porque

EL GUARDIA DEL HARÉN.—EN LA MEZQUITA DE OMAR

CUADROS DE WALTER TYNDALE

El autor de estos cuadros nació en Brujas, hizo sus primeros estudios en aquella academia, visitó á Inglaterra y después de una corta estancia en Amberes trasladóse á París, en donde tuvo por maestro á Bonnat y á Van Beers.

En un principio dedicóse á los retratos; pero sus viajes á Italia, á Egipto y á Marruecos le hicieron preferir muy pronto los paisajes y la pintura de costumbres, géneros en los cuales ha producido verdaderas joyas.

Tyndale es de los artistas que mejor han sabido interpretar la naturaleza, porque es de los que más en contacto se han puesto con ella y de los que con más intensidad la han sentido y con más cariño la han estudiado.

De su ciudad natal, que tan piadosamente guarda como preciadas reliquias los monumentos medioevales, conserva el amor á todo lo arquitectónico; y este es uno de los principales caracteres de sus pinturas, lo mismo cuando traslada



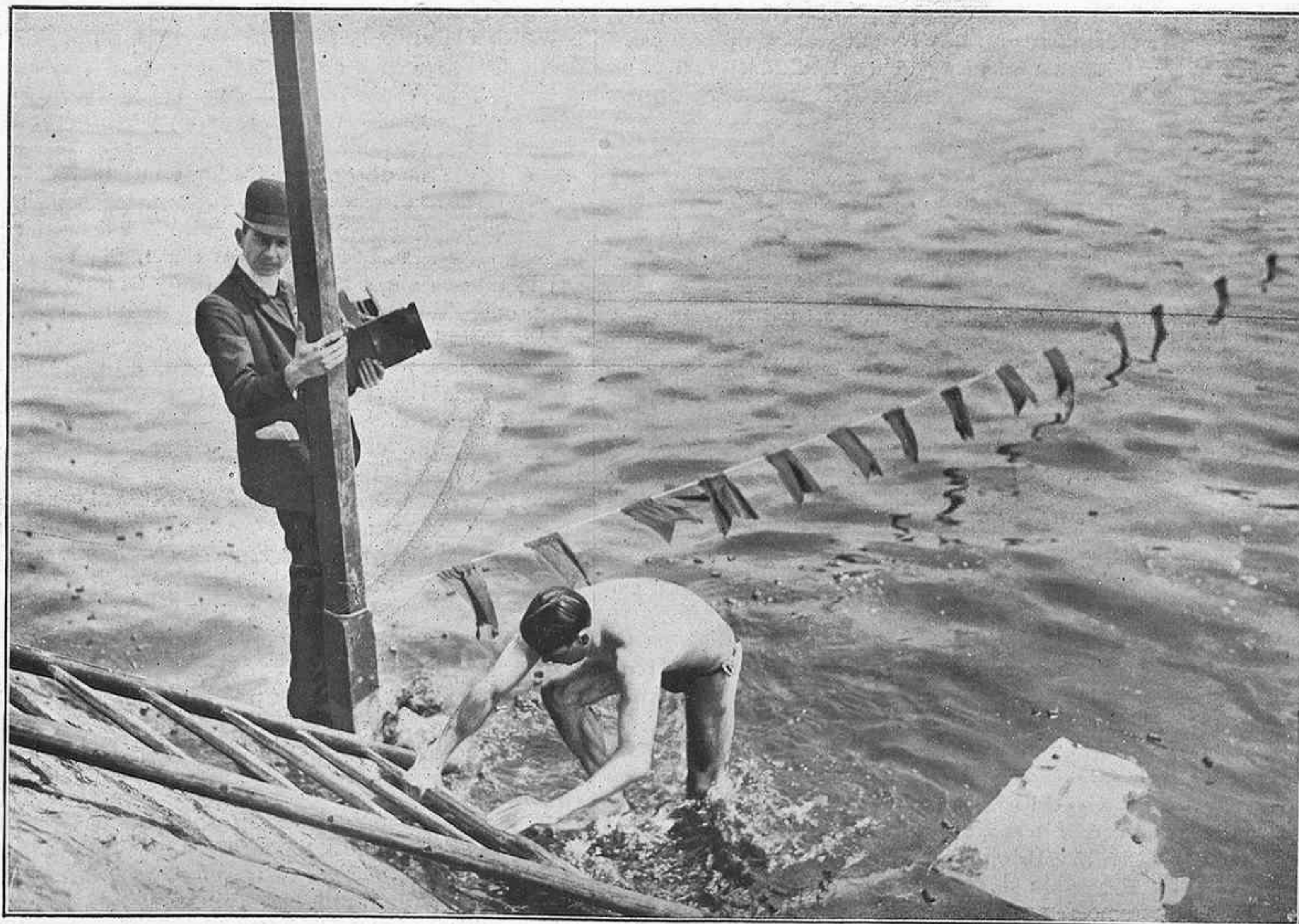
En la mezquita de Omar, cuadro de Walter Tyndale

al lienzo sus impresiones de las severas ciudades italianas, que cuando reproduce las pintorescas y luminosas vistas de los países de Oriente.

Desde el punto de vista de la ejecución, Tyndale es algo minucioso; pero no incurre en exageraciones censurables, sino que, por el contrario, atiende cual se merece á la visión del conjunto y aplica concienzudamente el sabio principio de que en materia de arte sólo es pernicioso lo que no es esencial; así es que sólo se entretiene en aquellos pormenores que entiende son necesarios para que el cuadro tenga todo su valor y para que la composición responda cumplidamente á la idea y al sentimiento que le impulsaron á pintarlo.—N.

PARÍS.—CONCURSO DE NADADORES EN EL SENA

Organizado por el *Auto*, efectuóse el domingo 12 de los corrientes el cuarto concurso de natación en el Sena, en el trayecto comprendido entre el puente

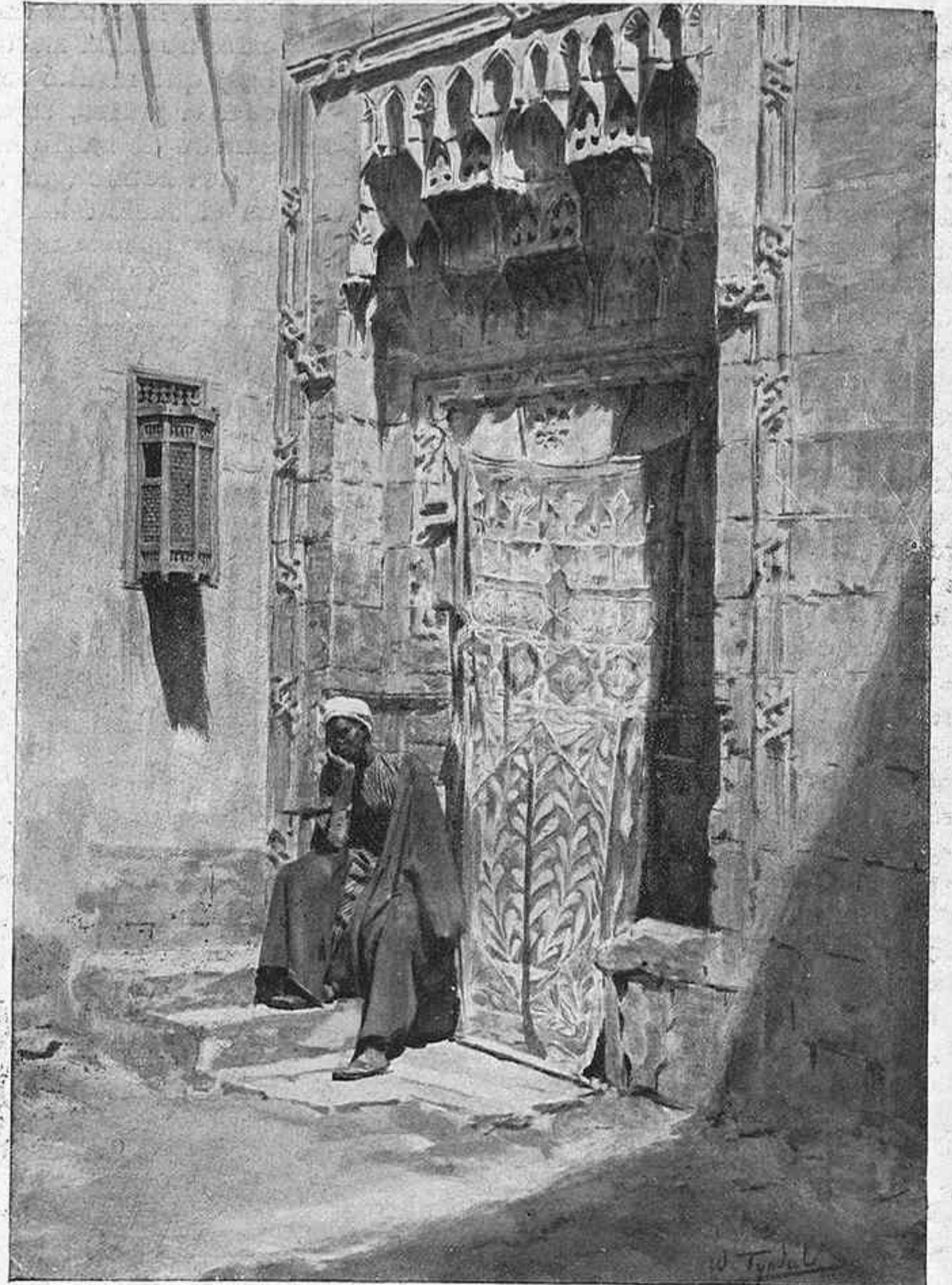


París.—Concurso de natación en el Sena, efectuado el día 12 de los corrientes. Llegada del vencedor, el inglés Billington. (De fotografía de Royer.)

Nacional y el viaducto de Auteuil. Esta prueba despertaba en el presente año grandísimo interés, porque en ella había de tomar parte el famoso nadador in-

glés Billington, dispuesto á disputar el premio á sus más célebres colegas franceses é italianos.

De los diez y siete inscritos faltaron dos, y entre los restantes desde luego se

El guardia del harén, cuadro de Walter Tyndale
(Reproducción autorizada por A. B. Stevens, Esq.)

vió que la lucha se circunscribía entre el citado Billington y el francés Chretien, que en la prueba eliminatoria había ganado el primer puesto.

A las nueve y dos minutos dióse la señal de partida, y durante los quinientos metros primeros, los dos nadadores mencionados apenas se distanciaron; pero después, Billington tomó sobre su contrincante una ventaja que á las 9'34 era de 100 metros; á las 9'51, de 125; á las 10'28, de 150, y á las 11'4, de 200. El vencedor llegó á la meta á las 11'32; habiendo, por consiguiente, empleado dos horas y media justas en recorrer el trayecto de 11.600 metros. El año pasado empleó en recorrer igual distancia dos horas y diez y ocho minutos; pero hay que tener en cuenta que en el actual la corriente del río era menor y además presentaba numerosos remolinos.

Después de Billington, el joven nadador francés Chretien hizo un recorrido en extremo notable, empleando en él dos horas y treinta y cinco minutos.

El tercer puesto fué disputado con gran empeño; desde la salida, tres competidores, Michel, Ponthieux y Hanouet, nadaron casi juntos y no se separaron hasta muy cerca de la meta. Primero logró alguna ventaja Ponthieux; después Hanouet; luego el mismo Ponthieux, y finalmente Michel, poco antes del punto de llegada, consiguió adelantárseles unos cincuenta metros.

De los quince competidores que comenzaron la prueba, sólo uno, Lavogade, se retiró á la mitad de ella.

He aquí el orden en que llegaron los otros catorce y el tiempo invertido por cada uno:

Billington, en dos horas, treinta minutos;

Chretien, en dos horas, treinta y cinco minutos;

Michel, en dos horas, cuarenta y cinco minutos;

Ponthieux, en dos horas, cuarenta y siete minutos;

Hanouet, en dos horas, cuarenta y ocho minutos;

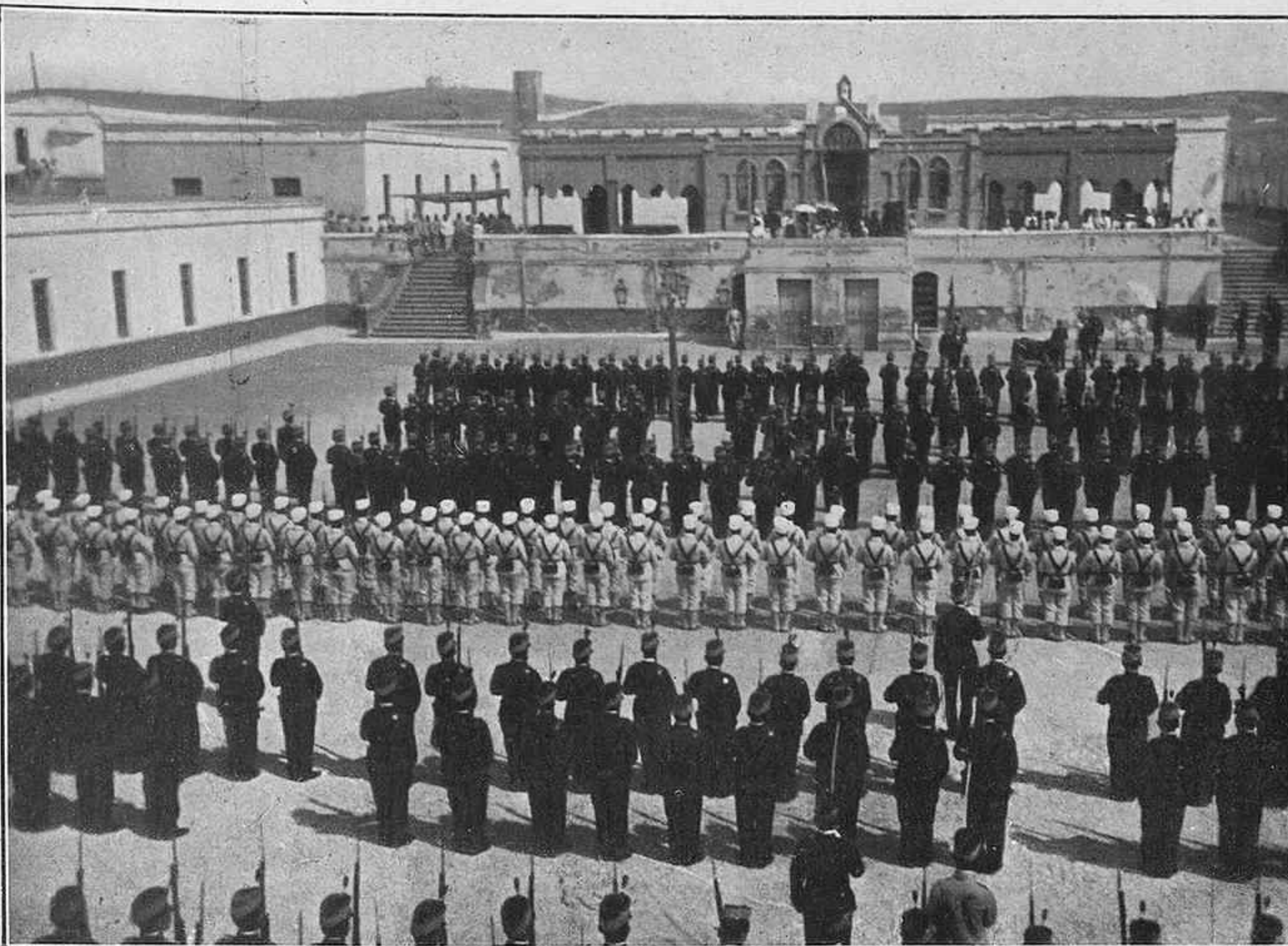
Moreau, en dos horas, cincuenta y dos minutos;

Ballot, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos;

Gossen, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, diez segundos;

Paulus, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, veinte segundos;

Gossen, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, diez segundos;
Paulus, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, veinte segundos;



Sable del capitán D. Vicente Moreno, ahorcado en 10 de agosto de 1810 por los franceses. Ha sido regalado por los descendientes del capitán al regimiento al que éste perteneció.

Melilla.—Acto solemne de la entrega del sable del capitán D. Vicente Moreno al regimiento de Melilla. Las tropas de la plaza formadas durante la ceremonia. (De fotografías de D. Juan López Vicencio, capitán de infantería.)

Altieri, en dos horas, cincuenta y cinco minutos; Becker, en tres horas, un minuto; Latimier, en tres horas, cuatro minutos; Bougoin, en tres horas, siete minutos; Burgess, en tres horas, once minutos.

Estos resultados demuestran los progresos que en materia de natación han realizado los parisienses, desde el momento en que hoy concurren tantos profesionales á una prueba como la travesía á nado de París en toda su anchura, que hace muy pocos años se consideraba como punto menos que imposible.—T.

HOMENAJE AL CAPITAN MORENO

Hace pocos días celebróse en Granada con gran solemnidad el acto de descubrir la lápida dedicada

al capitán Moreno, que en 10 de agosto de 1810 fué ahorcado por los franceses en aquella capital. Dicha lápida ha sido colocada en la fachada del cuartel de la Merced, situado junto á la iglesia de San Ildefonso, en donde están enterrados los restos del capitán, héroe y mártir, que dió su vida por la patria.

El general Serrano, el arzobispo, el gobernador civil, el alcalde, un capitán del regimiento de Melilla, al que perteneció Moreno, un concejal del ayuntamiento de Antequera, pueblo en donde nació éste, y el diputado del distrito D. José Luna Pérez pronunciaron sentidos discursos enalteciendo la memoria del héroe.

D. José Moreno, sobrino del capitán, entregó el sable que perteneció á su ilustre pariente y que regala al regimiento de Melilla, terminando el acto

con el desfile de las tropas por delante de la lápida.

Antes de la ceremonia del descubrimiento, díjose una misa de campaña en el Campo de Triunfo, de lante de la columna de la Virgen, en donde fué ahorcado el capitán Moreno.

Pocos días después celebrábase en Melilla el acto de la entrega del sable al regimiento de ese nombre. También fué una ceremonia solemne y emocionante, en la que se dedicaron entusiásticos recuerdos al heroico oficial.

El regimiento de Melilla ha regalado el referido sable al nuevo Museo de Infantería, instalado en la Academia de Toledo y que ha sido inaugurado por S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 14 de los corrientes, en ocasión de entregar el monarca los reales despachos á los nuevos tenientes del arma.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpès, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
★
VINO AROUD
✦ ✦
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición. Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".
En todas las Farmacias del Globo. FUMOUZE - PARIS

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Londres.—La reina de Inglaterra acompañada de sir Dighton Probyn en el ferrocarril escénico de la Exposición franco-británica. La soberana (x) pagó, como paga el público, sesenta céntimos para subir al ferrocarril

Una de las atracciones que mayor éxito han alcanzado en la Exposición franco-británica que actualmente se celebra en Londres es el llamado «ferrocarril escénico», variante de las «montañas rusas», en el cual todo contribuye á dar al viajero la ilusión de que recorre un sitio montañoso y pintoresco. Mediante el pago de seis peniques, unos sesenta céntimos, los que van en ese ferrocarril pueden proporcionarse, durante diez minutos, las emociones intensas de un descenso vertiginoso por un camino agreste y lleno de precipicios.

La reina Alejandra de Inglaterra, queriendo disfrutar de esas emociones, pre-

sentóse hace pocos días en la Exposición, acompañada de la princesa Victoria, de sir Dighton Probyn y de miss Carlota Knoleys, y después de haber pagado, como cualquier ciudadano, sus asientos instaláronse todos juntos en un vagón descubierto del ferrocarril.

La graciosa soberana hizo la excursión mezclada con el público, sin preocuparse de la etiqueta protocolar y dando una nueva prueba de la sencillez y del espíritu verdaderamente democrático que tantas simpatías les han granjeado, á ella y á su augusto esposo, entre sus súbditos.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS Paris

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^o St-Denis, 16

AVISO Á
LAS SENORAS

EL APOL DE LOS
JORET HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demas purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentacion
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la
Glorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *Intestinos*, los
Disenteria, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

Espustos de sangre, los *Catarros*, la

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.